
DESPERTAR en la TIERRA
LARRY WINTERS.
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Larry Winters

DESPERTAR EN LA TIERRA

■

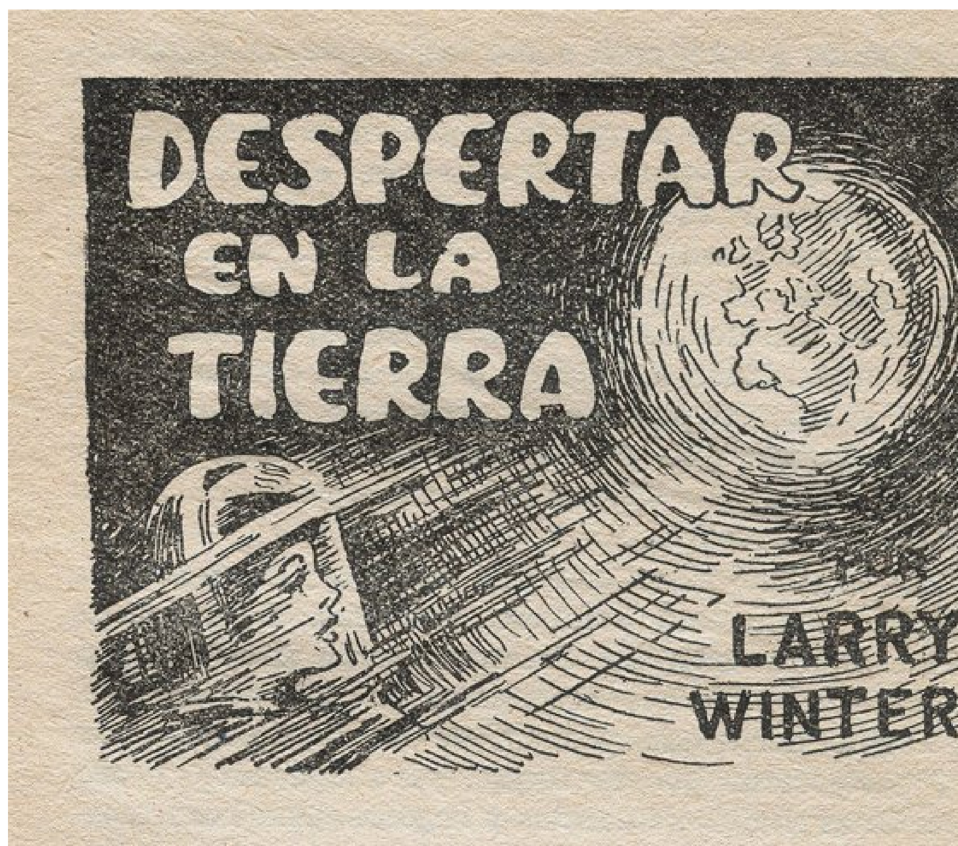
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

PERSONAJES

Mihaly Barlai, ingeniero, fugitivo húngaro, que en el año 1948 reside en la zona británica de Alemania.
Frantz Speidel, científico alemán que trata de llevar a cabo un fantástico experimento.
Kale, terrestre del año 4951.
Lena, hija de Kale.
Liebig, capataz en la fundición de metales radioactivos.
Rosen, obrero de la misma fundición y compañero de Mihaly.
Doosi, ser originario del planeta Roni.
Gor, gobernador de la ciudad roniana.
Noa, hija del anterior.

PRINTED IN SPAIN
TIP. ARTISTICA



CAPÍTULO PRIMERO
El aparecido

El silbido del viento entre los ralos arbustos que coronaban la colina no era bastante para acallar el rumor sordo de aquellos golpes que semejaban brotar de las mismas entrañas de la tierra. Sobre el paraje montuoso, en medio de la desolación y del silencio, aquellos golpes eran como latidos de un gigantesco corazón que apresurara su ritmo, cual si temiera que la vida iba a escapársele por momentos, de un corazón que redoblara sus esfuerzos en un intento desesperado por subsistir.

Largo rato hacía desde que comenzaron a escucharse los golpes, y llegó un momento en que pudieron apreciarse sus efectos. Se agitó la tierra, lanzada a lo alto en minúsculos surtidores, y por fin, con un ruido blando y fofo, se hundió bruscamente formando un pequeño cráter que fue ensanchándose más y más bajo los mordiscos del hierro puntiagudo que había brotado de su interior.

Algo comenzó a moverse allá adentro y, lentamente, reptando como una lombriz, comenzó a acercarse hacia el mundo exterior. Primero fueron

unos cabellos enmarañados y largos coronando en salvaje turbión una frente despejada y sucia de tierra. Luego, unos ojos, enrojecidos por la fatiga, pero apagados y sin brillo. Unas mejillas fláccidas y rugosas. Una boca temblona que contrastaba con la firmeza de un mentón cuadrado y enérgico. Unos hombros escuálidos...

La tierra y el sudor habían puesto sobre el rostro de aquel hombre, porque de un hombre se trataba, una carátula hermética de suciedad; mas a pesar de todo, por encima del abandono y del sufrimiento retratados en aquellos rasgos dolientes, se adivinaba juventud y antigua pujanza en el ser que se esforzaba por abrirse paso a través del agujero.

Arrojando cerca el zapapico que empleaba para libertarse, el extraño ser alzó sus manos esqueléticas que se agarraron nerviosas a los bordes de la excavación arañando la tierra suelta, y a su impulso emergió un cuerpo delgado, mal cubierto por los andrajos de lo que antes fueran una camisa y un pantalón. Un grito inarticulado se escapó de su garganta al sentir herida la vista por el primer rayo de sol, y aquel hombre salido de la tierra como una lombriz, aquel hombre que sólo dejara como constancia de su recóndita vivienda la negrura de un pequeño cráter abierto en la tierra parda, se agazapó de rodillas con un sollozo contenido temblándole en los labios...

Despacio, protegiéndose los ojos con las manos, tornó a alzarse lentamente hasta afianzarse sobre sus largas piernas, mientras sus harapos restallaban azotados por el viento, y miró en torno suyo con expresión asombrada y estúpida, con una sensación de indiferencia y de abandono, tal vez como extrañado de verse libre o como temeroso de saberse vivo. Movió los labios sin conseguir articular palabra alguna. En sus gestos y en sus actos se hacía patente su debilidad física y moral, su vacilación y su desconcierto, su temor y su desesperanza. Era como un hombre salido de la tumba, como un resucitado... Y sus primeras palabras venían a confirmar esta aseveración.

-¡Lázaro... sal fuera!

Había hablado, y su propia voz le sonaba a extraño. Desconocía aquellos sonidos carentes de tono y de inflexiones, y tan sólo el escozor de su garganta daba fe del esfuerzo efectuado por sus cuerdas bucales faltas de ejercicio. Ensanchó sus pulmones aspirando con avidez el viento fresco de la altura, y sus labios tornaron a estremecerse murmurando:

-¿Por qué?... ¿Por qué he dicho eso?

Su mente estaba en blanco y se negaba a coordinar las ideas. En su cerebro no había por el momento otra cosa que aquella frase que él sabía proferida por otra persona que, a modo de nuevo profeta, le auguró la llegada del momento presente.

Alguien me lo dijo -continuó en su soliloquio-. Me lo dijo, sí... Pero, ¿dónde y cuándo?

Se le atirantó la piel en las sienes y se golpeó la frente con las manos tratando de recordar.

-No puedo -hubo de confesar pesaroso-. Veo, escucho, hablo... pero nada más. Y sin embargo, ¿por qué estaba encerrado en esa cripta? Desperté de un largo sueño y mi instinto me guió hasta la salida. ¿Quién soy? ¿Qué significado tenían todos aquellos extraños aparatos? ¿Por qué estoy vivo cuando debía haber muerto?

Lanzaba desesperadamente sus preguntas al viento y al espacio tratando de encontrar en ellos una respuesta. Bruscamente, su rostro experimentó una contracción.

-Mihaly -dijo despacio, como saboreando las sílabas. Me llamo Mihaly Barlai. Tan sólo soy capaz de afirmar que me llamo Mihaly Barlai -añadió, como complaciéndose en la repetición.

Pero en seguida se escapó de su boca una risa sarcástica y ahogada.

-¿A qué esa certeza? Sólo puedo afirmar que estoy vivo... sin saber dónde me encuentro y por qué estoy aquí.

Impensadamente estaba desdeñando la única respuesta plausible, consistente en el negro agujero abierto en la tierra, en la cripta oculta dentro de la colina y en los aparatos allí encerrados. El cercano rumor del agua, con su llamada suave, impidió que el hombre que se denominara a sí mismo como Mihaly Barlai aceptase todo aquello como el origen de su actual existencia, y le hizo sacudir la cabeza desentendiéndose de todo cuanto hasta entonces constituyera el motivo de sus reflexiones y sus preguntas.

A corta distancia encontró el arroyuelo. El agua fluía colina abajo, naciendo en el hueco de unas peñas y saltando luego en grácil cascada para perderse entre el verde deslumbrante de la vegetación nacida bajo su influjo. Bebió afanoso inclinándose sobre la corriente, saboreando el agua tibia y pastosa; recostado luego sobre las rocas, ocupado en respirar los perfumados efluvios que el viento lanzaba a su rostro, se embebió otra vez en la contemplación de la salvaje panorámica que dominaba desde su improvisado observatorio, tratando quizás de recordar algo, de vislumbrar algún indicio que le permitiera responder a sus propias preguntas.

Frente a él, a corta distancia, una línea montañosa de gran altura le cerraba primero el horizonte para descender después en ásperas pendientes y bruscas ondulaciones cubiertas de altos y escasos árboles y un mar espeso de maleza creciendo entre los revueltos peñascos. A su izquierda, junto al arroyuelo, la colina se cortaba a pico asomándose sobre una pared vertical y lisa, y desde su mismo pie se iniciaba la llanura en declive, bañada por la luz del sol y extendiéndose sin límites entre la vaharada tenue que se desprendía de la tierra caliente.

El panorama tenía una salvaje belleza maravillosamente realzada por la

gama de colores que iban del verde al rojo pasando por el ocre y el amarillo confusamente superpuestos; pero Mihaly sólo obtuvo de su visión una pequeña chispa de esperanza sintiendo reaccionar su mente al fijarse en las características de la arboleda.

-Son abetos -murmuró-. Abetos... «Los Abetos»...

Y otra vez apretó las manos contra su frente continuando en voz alta:

-Procura pensar, Mihaly. Estuviste en un sitio llamado «Los Abetos», y «Los Abetos» era una casa...

Miró hacia atrás por vez primera para contemplar el zapapico y el agujero que abriera con él.

-Saliste de ahí dentro. Estabas dormido y despertaste, rodeado de extraños aparatos sin conseguir recordar nada de cuanto pudo sucederte.

Otra vez resultó baldío su esfuerzo por recordar pero, además, hubo algo que distrajo su atención para hacerla fijar en un sonido estridente que venía de lo alto. El cielo estaba limpio y despejado y por ello no hubo error de apreciación ni de visión en los ojos de Mihaly al distinguir un bólido alargado y negro que surgía de detrás de las montañas avanzando en su dirección con velocidad pasmosa. Cruzó sobre su cabeza, llenando todo el paisaje con su rugido poderoso, y sin darle tiempo apenas para volverse siguió su vuelo para perderse en el confín del horizonte.

Pero en el breve tiempo en que la aeronave estuvo dentro de su alcance, Mihaly pudo constatar con asombro que era de formas aerodinámicas, que carecía de alas y de hélice y que de su popa brotaba un chorro azulino que se condensaba apenas delatando su presencia.

-¡Un reactor! -exclamó, sin parar mientes de que la modernidad de aquella palabra la situaba en una época determinada de la vida humana.

Pero había algo más en su exclamación y era la afirmación implícita de la existencia de vida en aquel desierto.

-Y si hay vida habrá también hombres capaces de dar una explicación a mis dudas y titubeos.

Bajo la mirada atenta de Mihaly que ahora resplandecía de gozo, la aeronave se esfumaba entonces a lo lejos... y el hombre se dio cuenta de algo más que antes no lograra distinguir: En el límite de la llanura nacía una línea brillante, y hasta le pareció divisar delgadas columnas de humo alzándose a lo alto...

-He de llegar hasta allí. Debe ser una ciudad.

Y comenzó a caminar, descendiendo por la vertiente más suave de la colina sin volver siquiera una vez la vista atrás. Sus pasos eran vacilantes y tímidos, como los de una persona que se ha visto forzada a la inactividad durante largo tiempo. Nuevas gotas de sudor nacieron en su frente descendiendo por sus mejillas y Mihaly las enjugó con presteza llevándose luego la mano a los labios para sentir su gusto salado.

-Vida... Esperanza de vida -fueron las únicas palabras que pronunció.

* * *

Hasta entonces, llevado de su ¡propia excitación, Mihaly no se había percatado de la extrema debilidad de su cuerpo. Tantas sensaciones extrañas en tan pocos momentos habían dejado profunda huella en su organismo y se encontraba ahora al cabo de sus fuerzas.

La colina y la llanura habían quedado atrás y esta vez, ante sus ojos desorbitados por el asombro, se extendía la cinta brillante de una carretera «completamente metálica», rectilínea y amplia, que parecía no tener fin. En sus bordes, a intervalos espaciados y regulares, se alzaban unos postes de escasa altura lanzando a través de la calzada el haz luminoso de una lámpara y Mihaly había sentido sobre su rostro el calor fuerte de una de aquellas luces sobre su rostro al inclinarse para contemplarla. Fue una sensación extraña la que experimentó cuando la luz, potente, brillante y blanca., bañó su cara sudorosa y su pecho jadeante con un parpadeo intermitente y rápido.

-Es im... imposible -balbuceó girando sobre sí mismo-. Demasiado real para ser creído.

Se arrodilló sobre la solitaria calzada observándola atentamente. El suelo era uniforme y liso, de brillo plateado, sin rastros de desgaste y sin señales de unión entre sus distintas piezas.

-No consigo identificar este .metal -continuó-.

Yen cuanto a las uniones, cabe en lo posible que mediante un sistema de autosoldadura...

Se interrumpió de súbito, irguiendo la cabeza al sentir que algo nuevo nacía en su cerebro.

-¿Por qué he dicho que...? ¡Ingeniería! -chilló excitado-. ¡Yo soy o era ingeniero!

Esta vez el esfuerzo, unido al cansancio, fue demasiado fuerte. Hubo de tenderse, apoyando la espalda contra uno de aquellos postes mientras un dolor agudo comenzaba a nacerle dentro del pecho. Sus ojos se iban cerrando lentamente pese a sus esfuerzos por impedirlo y una sensación extrañamente angustiosa le revolvía las entrañas. Perdió el control de sus sentidos y cuando fue capaz de recobrarlo distinguió a lo lejos dos motitas brillantes que venían a su encuentro aumentando de tamaño rápidamente.

-Automóviles -murmuró, arrastrándose hacia el centro de la calzada-. Me socorrerán por fin.

Pero aquello no era lo que Mihaly había supuesto. Avanzando veloces hacia él venían dos criaturas de fantástica e increíble apariencia. Totalmente metálicas; con la varilla cimbreante de una antena elevándose por encima de la espalda; inescrutable la máscara de su rostro en donde la

mecánica remedara una burdas facciones supliendo los ojos con una pantalla televisora de pequeño tamaño, la boca con un micrófono y los oídos con unos auriculares. Su torso y sus brazos, de osamenta férrea, estaban recubiertos con una materia flexible y elástica que hacía las veces de epidermis mostrándose por debajo de las placas metálicas. Sobre la coraza de su pecho nacía el reflector de un potente foco y una fila de botones de mando... Pero lo más espectacular de aquellas figuras estaba en su veloz medio de locomoción: Carecían de piernas propiamente dichas y la forma de su cuerpo, desde la cintura, se ensanchaba brevemente hacia adelante y hacia atrás formando una especie de guardabarros; en donde se encajaba una maciza rueda de medio metro de diámetro por veinte centímetros de grosor.

Lateralmente naciendo del guardabarros y a los dos flancos de la rueda, había sendos soportes telescópicos que servirían indudablemente para mantener en equilibrio estable a la máquina cuando ésta permaneciera inmóvil.

Su vestimenta, de brillantes colores mezclados con el bruñido de los metales, tenía el corte marcial de un uniforme militar. En torno a la «cintura» llevaban una banda de cuero que sujetaba la funda de una enorme y extraña pistola, y cruzado a la espalda se balanceaba un fusil de parecidas características. Las dos figuras avanzaban de prisa, sin más estridencias de motor que un leve silbido y una imperceptible estela humosa escapándose por uno de los laterales de la rueda. Movían sus brazos mientras avanzaban; unos brazos terminados, en manos con dedos articulados, fuertes como garras, agudos, implacables y desprovistos de cualquier otra sensación que no fuera la de la fuerza.

Policías o soldados, Mihaly los contempló horrorizado, como hombre que se ve frente a una visión de ultratumba. Los dos hombres mecánicos se detuvieron frente a él, apoyados en sus soportes, y una voz gutural, en un idioma desconocido, brotó del altavoz de uno de ellos mientras el otro, reaccionando como auténtico ser viviente, le encañonaba con el arma que sacara prestamente de la pistolera.

Quiso levantarse y no pudo, pretendió hablar sin conseguirlo, hacer comprender a aquellas máquinas su situación... y se cubrió la cara con las manos al hacerse repentinamente la luz en su cerebro, al romperse el dique de su memoria para lanzarle al rostro unas palabras que parecían escritas con fuego:

-«Tal vez al despertar encuentres el paraíso en la Tierra o me maldigas al enfrentarte con una visión de pesadilla.»

Sintió miedo. Miedo de que todo cuanto estaba recordando pudiera ser verdad. Miedo a que su actual existencia se debiera tan sólo a la experiencia triunfal de un viejo profesor alemán...

Otra vez resonó aquella voz áspera. Mihaly miró a sus interlocutores... y la cinta sin fin de la carretera, los hombres mecánicos y el paisaje entero iniciaron ante sus ojos una frenética danza antes de que él se desplomara de bruces en el suelo, perdido el conocimiento.

* * *

-Por fin, despierta, amigo mío.

Mihaly abría los ojos al conjuro de aquella voz para encontrarse tendido de espaldas sobre un lecho bastante cómodo, en una habitación pequeña y baja de techo sumida en una agradable penumbra. Una figura se inclinó sobre él y pese a la luz escasa la identificó fácilmente como la de un semejante, como la de un habitante de la Tierra al igual que él. Respiró profundamente y ello le devolvió parte de su confianza perdida, llegando a pensar que todo cuanto le ocurriera antes había sido tan sólo un mal sueño.

-Su debilidad y las drogas le han tenido dos días sin conocimiento -continuó aquel hombre- y durante ese tiempo pronunció algunas palabras en un idioma extraño que no logró comprender.

Mihaly le entendía casi a la perfección. El desconocido le hablaba en un alemán fuerte y raro, salpicado de palabras nuevas y de giros extraños sin llegar por ello a cambiar la estructura básica del idioma. Sonrió animoso y repuso en la misma lengua:

-Debí emplear inconscientemente mi lengua patria. ¿Qué es lo que dije?

-Habló mucho, pero sólo llegué a entender algo así como «Los Abetos», «Profesor Speidel» e «Ilsemburg».

-Lo creo posible -repuso Mihaly- porque esas palabras son la iniciación de mi pasado. El viejo profesor Speidel debía estar loco... y yo también al aceptar servirle.

-¿Quién es usted y de dónde viene?

Su interlocutor era un hombre de facciones marchitas por la edad, cabellos plateados y una amistosa expresión en su rostro afable y Mihaly sentía un secreto placer respondiéndole.

-Procure decirme sólo lo necesario -añadió-. Está usted demasiado débil todavía para mantener una conversación y no deseo fatigarle con exceso. Su corazón no me ofrece muchas seguridades; está cansado y su pulsación se acelera o retarda de una manera inexplicable.

-Es usted médico, ¿verdad? Médico del sector británico. ¿Me equivoco?

El otro le miró con sorpresa y rió luego con un íntimo dejo de amargura.

-Insisten en considerarme como a tal, que no es lo mismo. Los «otros» sí que tienen verdaderos y eminentes médicos, pero los seres humanos cuentan para ellos muy poco para que se dignen atenderlos.

Mihaly iba de sorpresa en sorpresa.

¿Quiénes le consideran médico sin serlo?

-Pues mis compatriotas y los suyos, supongo. Los hombres de la Tierra.

Aquello era más de lo que el muchacho podía soportar. La mención de «los otros» había despertado en él nuevos recelos que ansiaba disipar.

-Acabaré por volverme loco si alguien no me explica lo que está pasando, y se lo exijo a usted antes de que sea demasiado tarde. Si se niega por miedo a las reacciones de mi corazón dígame tan sólo una cosa: ¿En qué año vivo? ¿En qué época y circunstancias he vuelto a la vida?

En el rostro del otro hubo una marcada expresión de desconfianza.

-Antes le hice yo una pregunta a la cual no ha contestado, amigo mío. ¿Quién es usted y de dónde viene?

-Me llamo Mihaly Barlai, nací en Hungría... y vengo del pasado -sonrió el muchacho-. Vine al mundo hace veintiocho años, en el mismo Budapest; estudié ingeniería, hice la guerra y escapé de mi país antes que soportar la dominación comunista. Llegué a Alemania y en su sector británico entré en relación con el profesor Speidel cuando yo no era más que un desocupado hambriento. ¿Le basta mi explicación?

-Me resulta desconcertante y extraña -fue la respuesta-. Hungría, Alemania, Budapest, Sector británico, Comunismo... Todo eso son palabras solamente, palabras que para mí no tienen significación. Mi nombre es Kale y, como le he dicho, me consideran médico. Por eso creo en la certeza de mi primer diagnóstico; la debilidad de su corazón es un reflejo de la debilidad de su mente.

-Dicho de otra forma, que estoy loco -rió Mihaly- Valiente médico me está resultando, Kale, aunque debo reconocer que acabaré por estar realmente loco dentro de poco.

-Yo también lo creo y tengo mis razones para ello. Todo en su relato es inverosímil. ¿Por qué se empeña en fingir si sabe que no podrá conseguir nada?

-¿Fingir?

Rebatiré una a una sus afirmaciones, Mihaly -continuó Kale-. Me ha dicho que tiene veintiocho años y que huyó de su patria... cuando hoy nadie tiene patria. Sus vestidos son ridículos e inadecuados para el trabajo de las minas y, además, «nadie puede escapar de ningún sitio». Habla usted de puntos determinados, Hungría, Alemania, cuando no existen sino zonas con denominaciones típicas y determinadas. Comunismo, Sector británico... sólo palabras huecas. Desde el 4923 en que usted debió nacer no creo que en la Tierra haya habido otro embustero y otro iluso irresponsable más grande que usted.

Mihaly sólo había escuchado algunas palabras de la larga frase de Kale, precisamente las que se referían a la puntualización de un año determinado, pero no pudo cortar la verbosidad de aquel hombre que terminaba

afortunadamente su razonamiento.

-Ya me advirtieron que había algo extraño en su persona. Le encontraron en la carretera, víctima de un desvanecimiento, y por su condición de enfermo quiso el doctor Doosi que yo le atendiera antes de conducirlo a la Comandancia Militar y ser sometido a interrogatorio. Para «ellos» no es usted más que un esclavo fugitivo, y yo estoy convenciéndome por momentos de que tienen razón.

-No me interesa nada de cuanto usted ha dicho, Kale -respondió el muchacho sintiendo un alegre regocijo ante las pintorescas frases del médico- pero sí voy a tener que contradecirle en dos cosas: Primera, no estoy loco; segunda, parte usted de un error al afirmar que por el mero hecho de tener veintiocho años debí nacer en el año 4923. Mi edad es, efectivamente esa, pero su error de cálculo es de *tres mil años* porque la fecha de mi nacimiento fue el 24 de noviembre... ¡de 1923! ¡Y creo estar en condiciones de poder demostrarlo si me dejan hablar!

Ahora fue él quien jadeó excitado al escuchar la risa burlona de Kale que le miraba con expresión jocunda, diciendo:

-Está usted loco, amigo mío. Ya se lo dije.

En su variable estado de ánimo, Mihaly recibió aquellas palabras como una terrible ofensa. Sintió un repentino odio contra aquel hombre y se levantó enfurecido intentando agarrarle por el cuello.

-¡Tal vez esté loco! -chilló-. ¡Pero usted será la primera víctima de mi locura!

Afortunadamente no consiguió su propósito. Las fuertes manos de Kale le contuvieron... y a una voz suya apareció en el vano de la puerta uno de aquellos soldados mecánicos que con rápido gesto aferró a Mihaly alzándole materialmente en vilo con sus dedos de hierro.

Defendiéndose instintivamente, aunque sin ningún resultado, el muchacho escuchó las órdenes que Kale dio al soldado en aquella lengua extraña y por último le vio volverse hacia él.

-No le tengo en cuenta su acción, Mihaly Barlai -dijo-. Ahora le llevarán a la comandancia para ser interrogado, pero antes quiero decirle tan sólo una cosa. No hubo error por mi parte al mencionar el año de su nacimiento. Actualmente vivimos en el año 4951 según el cómputo terrestre o en el 965 de la Era de Roni, según la cuenta de los dominadores de la Tierra. Que tenga suerte y que Dios le proteja.

CAPÍTULO II
Frente al pasado

Otro hombre mecánico se unió al que arrastraba a Mihaly sacándole de la casa de Kale y la pareja -probablemente la misma que le recogiera en la carretera- le encañonó con sus armas conminándole a caminar con una voz significativa. Obedeció el muchacho y, de nuevo bajo la luz deslumbrante del sol, se dedicó a contemplar las perspectivas urbanas de aquella ciudad desconocida y nueva.

Seguían una calle formada por dos largas hileras de casitas de una sola planta, todas de características semejantes, de modesta apariencia y humilde condición. Formando ángulo recto, otras calles venían a entrecruzarse con ella creando pequeñas y cuadradas plazoletas sobre el suelo polvoriento y áspero en el que tampoco faltaban, de trecho en trecho, los postes cortos que Mihaly contemplara ya en la carretera que marcó su primer contacto con la nueva civilización.

Encontraron pocos transeúntes a su paso y aún éstos apresuraron su marcha al divisar la comitiva, mientras en sus ojos se reflejaban la conmiseración y el temor. Dos niños de corta edad jugaban ante la puerta de una de las casitas, amontonando el polvo para formar quiméricos castillos; y esos niños gritaron de miedo al ver a Mihaly y a sus acompañantes, haciendo que una mujer se asomara presurosa al umbral para hacerlos desaparecer rápidamente en el interior, cerrando luego la puerta a piedra y lodo.

No dejaban de ser altamente significativos aquellos detalles, pero Mihaly Barlai casi no les prestaba atención ante sus nuevas sensaciones. Por vez primera desde que abandonara su escondrijo y pasado su arrebato de furia frente a Kale, consideraba únicamente su condición de resucitado y de hombre trasplantado a un mundo que no era el suyo. No tenía miedo esta vez; no le asustaba la inminencia de su primera entrevista con «los otros». Es más: diríase que sentía ganas de reír y bromear imaginando el pasmo de «los dominadores de la Tierra» tratando de explicarse la presencia entre ellos de un hombre que sin dejar de tener veintiocho años llevaba sobre sus espaldas una antigüedad de treinta siglos.

Con un sonsonete monótono repetía una y otra vez las últimas palabras de Kale:

-Año 4951 de la cuenta terrestre. Año 965 de la Era de Roni...

Y aquello le empujaba hacia el pasado con una fuerza tan arrolladora que Mihaly Barlai no podía contenerla. Había dejado de vivir tres mil años; esa distancia le separaba de su época, de unos días en que él no era nadie ni nada, de unas fechas cuyo recuerdo se abalanzaba implacable sobre él borrando todo lo presente para devolverle al pasado de donde había salido.

-Kassel... el parque... el periódico... -murmuraba despacio.

Dócilmente se dejó llevar por los recuerdos tornando a verse en el parque público de la ciudad de Kassel, caído más que sentado sobre un banco, con los ojos fijos en las punteras de sus maltrechos zapatos y las mandíbulas contrayéndose en un monumental bostezo.

-El periódico... el profesor Speidel...

No sintió en su espalda la presión de un arma obligándole a tomar otra dirección ni llegó tampoco a ver el brillo magnífico de la hermosa ciudad que desde lo lejos se ofrecía a sus miradas. De un modo mecánico continuó avanzando hacia su nuevo y desconocido destino pero, mientras, mecido por los recuerdos, Mihaly Barlai había vuelto definitivamente al pasado.

* * *

Había permanecido quieto unos instantes y luego sacó las manos de los bolsillos del pantalón para recoger un periódico arrugado que había en el suelo, junto al banco que ocupaba.

Se recostó en el asiento, súbitamente interesado, mientras alisaba el papel. El hecho de que la fecha de aquella hoja informativa fuese de dos días atrás no tenía la menor importancia para Mihaly Barlai que sólo intentaba distraerse con su lectura y olvidar así las punzadas que sentía en su estómago vacío. Posó la vista sobre unos titulares y unas noticias que hablaban del bloqueo de Berlín por las autoridades soviéticas[1] y de la inminente iniciación, por parte aliada, de un puente aéreo que remediara la grave situación de los sitiados.

En su interior estaba compadeciendo sinceramente a los berlineses juzgando de su hambre futura por la que él estaba soportando, pero ese sentimiento se extinguió rápidamente mientras lanzaba una ahogada exclamación alegre al percibir un anuncio confundido entre muchos otros, unas líneas breves y escuetas que parecían brillar en el centro de la página:

-«Se necesita hombre joven, robusto y decidido, para trabajo arriesgado. Diríjanse a Frantz Speidel en «Los Abetos». Ilsemburg. Harz.»

Era un anuncio que no puntualizaba demasiado ni dejaba entrever gran cosa, pero Mihaly Barlai consideró rápidamente lo que aquella remota esperanza de empleo podía significar para él, para un refugiado húngaro, para un huido de su patria, para un ingeniero sin ocupación ni porvenir que se dedicaba a vegetar en la zona británica de la Alemania de postguerra.

-Un trabajo arriesgado -murmuró pensativo-. Pero mi situación allí, por mal que me vaya, no será peor que la de ahora.

Pedían un hombre joven y él lo era o creía serlo con sus veinticinco años largos. Había de ser robusto... y Mihaly Barlai era fuerte, a condición de llenar previamente aquel estómago que sólo recibía de tarde en tarde una ración militar en cualquier comedor de refugiados.

Un hombre decidido...

Y Mihaly sonrió al evocar aquellas palabras. Era necesario ser decidido para escapar de una Hungría esclavizada y vencida por una tiranía llegada del este; se necesitaba valor para vivir en un país en donde un acto o un gesto levantaban sospechas muy difíciles de arrostrar; para desafiar impávido los campos de minas, las alambradas, bayonetas y centinelas que custodiaban las fronteras de la nación convirtiéndola en un inmenso presidio; para correr sintiendo en torno al cuerno el silbido aullante de las balas que acompañaban su huida con las rabiosas maldiciones de quien ve escapársele una presa que juzgaba segura.

Un hombre decidido...

-Lo soy... o a lo menos lo fui entonces -puntualizó Mihaly.

Afirmó gravemente con la cabeza y poseído de un repentino optimismo se dijo a sí mismo que llenaba todas las condiciones exigidas por el anuncio, que no importaba que otros pudieran habérsele anticipado y que nada había... Pero no; había algo que dificultaba la aceptación del empleo y ese algo era que Mihaly Barlai ocupaba un banco del parque en Kassel cuando el anuncio decía que debía presentarse en Ilsemburg. Que necesitaba ir a «Los Abetos» sin contar para ello ni siquiera con un solo «pfenig» en el bolsillo.

Se alzó del banco haciéndose una rápida composición de lugar; tres soluciones había para llegar a Ilsemburg, pero su estómago vacío que no le dejaría ir muy lejos, le impedía aceptar sus propias piernas como primer medio de locomoción; la Policía Militar Británica y sus ropas desastrosas y sucias no le dejaban practicar el «auto-stop» como segundo medio, so pena de exponerse a visitar los calabozos de la jefatura aliada... y sólo le quedaba el ferrocarril, un billete de tope o de techo en el primer tren de mercancías que llevara su mismo destino.

-«Un hombre decidido» -martillearon en su cerebro las palabras del anuncio.

Comenzó a caminar. Su meta estaba en «Los Abetos», en Ilsemburg, a más de cien kilómetros de distancia. Mihaly Barlai había aceptado de antemano aquel empleo y se encontraba dispuesto a luchar en favor de la única esperanza de regeneración que encontrara desde su precipitada salida de Hungría.

* * *

Volvió a la realidad de un modo brusco. Sus pies habían dejado de arrastrarse sobre el suelo polvoriento y su cuerpo se afianzaba ahora sobre la firme calzada de una carretera en todo semejante a la que ya tuviera ocasión de contemplar. De allí nacía un ancho camino, también metálico, que se prolongaba durante un par de kilómetros para desembocar en los

primeros edificios y en la explanada inmensa de la más maravillosa ciudad que hombre alguno pudiera haber contemplado jamás.

Esbeltas construcciones en donde se reunían la belleza arquitectónica y la audacia con la utilidad y la práctica se alzaban desafiantes a lo alto asomándose a las nubes desde sus puntiagudos remates. Líneas estilizadas y airosas; dificultades técnicas brillantemente resueltas; vidrios y metales de refulgente brillo; cúpulas, ventanas, sensación de movilidad y de vida contrastando con el silencio, la pobreza y la humilde condición de la urbe que acababa de abandonar, todo ello formaba un conjunto tan esplendoroso y magnífico que Mihaly no pudo menos que permanecer absorto contemplando aquella maravilla que semejaba haber brotado de la llanura bajo el impulso poderoso de un titán.

Empequeñecidos por la distancia, podían distinguirse vehículos y personas, surcando éstos las calles abiertas o los tramos elevados que se cimbreaban sobre ellas, y moviéndose aquéllas a su antojo y con entera libertad. Y de aquella sucesión interminable de puntos movibles, de aquel hormiguero gigantesco, nacía un murmullo formado por infinidad de variados sonidos, que llegaba hasta la carretera como anticipo alborozado y riente de la vida, haciendo que Mihaly -contemplando la ciudad y sus propios harapos- se sintiera empequeñecido y miserable ante su majestuosidad.

-Ahí viven «los otros» -murmuró despacio.

Pero no dispuso de mucho tiempo para sus consideraciones. Desde la ciudad se destacó un punto movible que Mihaly identificó instintivamente como el vehículo que les estaba destinado, y siguió su veloz carrera hasta verle detenerse ante él y sus guardianes con un rechinamiento metálico.

Bajo de piso y sustentado por cuatro ruedas, el coche curvaba hacia adentro sus laterales y redondeaba su frontis acristalado tras el cual podía distinguirse la máscara imperturbable de otro soldado mecánico.

-Centro de gravedad muy bajo -pensó Mihaly-. Un coche para grandes velocidades.

De arriba a abajo se abrió en uno de los lados del coche una compuerta que descendió hasta el suelo formando el plano inclinado de una suave rampa. Sus guardianes le empujaron hacia ella y le siguieron subiéndola con facilidad y, una vez cerrada de nuevo a sus espaldas, en medio de un completo silencio, el coche avanzó hacia la ciudad sin apenas trepidación que denotase el latido del motor. En su interior, ocupado tan sólo por los tres soldados y por Mihaly, había dos asientos extensibles. Su altura era más que suficiente para contener erguidos a unos autómatas que no podían sentarse. Las paredes eran de acero, y los cristales de las dos ventanillas laterales tenían una dureza tal que el muchacho no dudó en asignarles también una estructura metálica.

-No me sorprendería que fuesen de acero transparente -gruñó por lo bajo-. Después de todo me encuentro en un mundo tan sobrenatural que las conclusiones más descabelladas pueden resultar ciertas.

La ciudad comenzó a desfilar por ambos lados del vehículo. Le era imposible identificar las características de los transeúntes debido a que todos les dejaban el paso libre permitiendo una velocidad mayor al coche. Cruzaron una gran plaza y torciendo luego por una calle en declive penetraron en un ancho túnel profusamente iluminado. Se detuvo el coche, se repitió a la inversa la misma operación y Mihaly fue empujado nuevamente hacia la abertura de un elevador que se puso en movimiento con tal rapidez que le quitó el aliento. Sin poder constatar la altura alcanzada en la subida, Mihaly salió a un despejado vestíbulo seguido de sus inseparables guardianes, pudo atisbar unos instantes por una ventana distinguiendo la calle a una insondable profundidad... y eso fue todo.

Un altavoz lanzaba un gruñido metálico desde algún lugar oculto mientras el muchacho se perdía en consideraciones acerca de lo extraño que resultaba el hecho de que no hubiese nadie o casi nadie con él, de que la vigilancia fuese incluso hasta como deliberadamente descuidada, de que no hubiera podido contemplar todavía a un ser de «los otros»... La voz del altoparlante continuaba chillando en aquel idioma gangoso y extraño, y talvez como respuesta apareció al fondo del vestíbulo una figura alta y espigada que hizo latir con fuerza el corazón de Mihaly.

Aquel ser era de naturaleza bastante parecida a la humana, salvo pequeñas diferencias anatómicas y raciales que denunciaban indefectiblemente su procedencia extraterrena. Su cabeza estaba bien formada; pelo corto y espeso, erizado y áspero; cejas pobladas y negras protegiendo unos ojos levemente oblicuos; nariz aplastada y pequeña por encima de unos labios abultados, y un mentón recogido y redondo rematando el óvalo de su cara. Mediría unos dos metros de estatura y su epidermis tenía un tinte marcadamente azulado que convertía en cárdeno el color de sus labios. Los desnudos brazos, escapándose por las mangas cortas de una túnica ajustada, estaban cubiertos de fino vello terminando en unas manos provistas de cinco dedos gordezuelos y torneados que más bien parecían de mujer que de hombre. Su atuendo colorinesco recordaba el de los soldados mecánicos -o más bien el de éstos estaba inspirado en aquél- y además de la túnica completaba su traje con unos calzones de tela gruesa, ceñidos al talle por un cinturón adornado con incrustaciones metálicas y unas botas de recia piel que le llegaban hasta la rodilla.

Sin mirar a Mihaly, escuchando la última llamada del altavoz, se detuvo ante una de las puertas del vestíbulo y penetró en la estancia, dejando abierto el acceso a ella. Poco después Mihaly era empujado por dos fusiles hacia aquella habitación; el recién llegado se mantenía en pie junto a la

ventana acristalada, y tras una mesa brillante y amplia había otros dos hombres más, igualmente uniformados y llevando sobre el pecho un escudo o distintivo militar.

-Doctor Doosi -dijo uno de ellos al hombre que permanecía en pie-. ¿Completó sus datos referentes al fugitivo?

Mihaly no entendió de aquella frase más que la palabra «Doosi» y recordó que Kale también la había pronunciado refiriéndose a un doctor de «los otros».

-Kale me ha dado un informe completo -repuso Doosi en el mismo idioma, de forma que el muchacho sólo comprendiera la palabra «Kale».

-Se refieren a mí -pensó-. ¿Qué irán a hacerme? -continuó sin pizca de miedo.

Esta vez habló Doosi en el alemán de Kale y Mihaly lo comprendió todo.

-Desde que nuestros hombres te dejaron en casa de Kale por orden mía no has hablado sino para mentir. Hasta las palabras que pronunciaste en sueños se escapan de la verdad, haciendo que continuemos sin saber nada de ti. ¿Prefieres hablar ahora sinceramente antes de que tengamos que recurrir a otros sistemas?

La sorpresa de Mihaly al verse interpelado de una forma tan distinta a la que esperaba no le dejó articular momentáneamente una respuesta. Doosi no bromeaba, podía leerlo en su rostro, y él guardaba de Hungría: un recuerdo desagradable sobre el significado de las palabras «otros sistemas».

-He dicho la verdad, y lamento que no haya sido comprendido. Desde mi vuelta a la vida nadie ha sido capaz de ver en mí a un hombre de otro tiempo y, sin embargo, esa es la única respuesta que puedo dar.

-El esclavo tiene ganas de divertirse a nuestra costa -barbotó uno de los oficiales que ocupaban la mesa.

-¿Esclavo?... ¿Yo un esclavo? -rió estruendoso Mihaly aumentando la cólera de sus interrogadores.

Doosi fue el primero en recomponer su semblante antes de hablar nuevamente:

-No sé por qué, pero voy a escucharte. ¡Habla!... ¡Repite tus embustes!

Un poco asustado ante el cariz que estaban tomando los acontecimientos, Mihaly arrancó en su relato desde el momento en que decidiera aceptar el empleo ofrecido por el profesor Speidel. A través de sus palabras creyó notar una expresión de burla en sus oyentes, sustituida más tarde por un atisbo de interés. Se esforzó por recordar todos los detalles, pero le interrumpió la voz de Doosi.

-Prepararé una solución de «Kire-25». Eso le hará hablar.

Abandonó la estancia para regresar poco después con una especie de jeringuilla. Empujaron un taburete hacia el muchacho obligándole a

sentarse, y Doosi trasegó a su cuerpo el líquido rojizo de la jeringuilla.

-Ya no puedes mentir, esclavo -aseguró con gesto irónico.

Mihaly acusó inmediatamente los efectos de la droga. Sintió una extraña sequedad en la garganta, una especie de fuego interior recorriéndole todo el cuerpo y una pesadez de plomo en la cabeza. Balbuceó algunas palabras sin sentido, se le nublaron los ojos y sus párpados se cerraron con fuerza irresistible mientras de nuevo todo en su interior volvía al pasado.

* * *

«Los Abetos» resultó estar bastante alejada de Ilsemburg, al pie de las estribaciones del Harz y presidiendo una plazoleta que se abría entre los árboles que daban nombre a la casa. Por detrás del edificio se alzaba hasta una altura impresionante una pared desnuda y lisa, formando un muro de piedra que semejaba recoger la brisa de todo el bosque y reflejarla contra el suelo, obligando a dilatar los pulmones y a respirar con delicia el aire tibio y oloroso.

-Suerte, Mihaly -se animó el muchacho, recorriendo el sendero con paso rápido.

«Los Abetos» -planta baja y un solo piso- presentaba externamente una fuerte sensación de abandono, pero de su chimenea se escapaba una columna de humo, y como respuesta a la enérgica llamada de Mihaly se abrió la puerta para dar paso a un hombrecillo delgado y enteco, de cabellos blancos y escasos, dedos teñidos por los reactivos químicos y voz aguda y penetrante.

-Quisiera ver a «herr» Speidel -se atragantó Mihaly saludando-. A «herr» Franz Speidel. Vengo por lo del anuncio -añadió presuroso, sacando del bolsillo un mugriento pedazo de periódico- y le aseguro que soy de los que creen que las personas no pueden ser juzgadas con una sola impresión.

Sintió de arriba a abajo el peso de los ojos desconfiados del hombrecillo que le escrutaban con atención, y se pasó la lengua sobre los resecos labios apretando una mano sobre aquel estómago, que parecía rebelarse más por momentos. Le pareció que había pasado un siglo hasta escuchar la respuesta:

-Yo soy el profesor Franz Speidel. ¿No quiere pasar?

Mihaly le siguió hasta una estancia atiborrada de libros y papeles. Y bruscamente, mientras contemplaba de nuevo al muchacho a la luz que entraba por las enrejadas ventanas, el viejo dejó a un lado todo preámbulo diciendo:

-Le advierto que las condiciones económicas que puedo ofrecerle no serán muy generosas..., o que tal vez ni siquiera habrá remuneración. He tenido algunas respuestas a mi anuncio, pocas, lo confieso; pero todas las

negociaciones fracasaron en cuanto se mencionó la palabra «dinero». Mi tiempo es precioso y me disgusta perderlo. ¿Qué me contesta usted?

Speidel parecía molesto y disgustado de antemano, y su actitud aumentaba el desconcierto de Mihaly, que no sabía por dónde comenzar.

-Tam... tampoco voy a ocultarle yo -repuso- la necesidad que mi aspecto y mi traje hacen patente. No me vendría del todo mal un sueldo, aunque fuese pequeño, mas por encima de todo ello está mi interés por trabajar... aunque sólo sea a cambio de la comida. Estoy dispuesto a transigir con tal de no verme rechazado; a decir verdad, no es nada cómodo viajar en el tope de un vagón, y si puedo ahorrarme el regreso a Kassel...

-¿Cómo se llama usted? -preguntó Speidel-. ¿Cuánto hace que no ha comido?

-Me llamo Mihaly Barlai y soy ingeniero. Y en cuanto a lo de la comida... pongamos unas cincuenta horas. ¿Es suficiente resistencia cuando se pide un hombre fuerte?

-Lo es -repuso el profesor sonriendo misteriosamente-. Probaré con usted, porque no tengo otro remedio, antes que arriesgarme a un nuevo fracaso. Además -añadió-, creo conocer lo suficiente a la gente para afirmar que usted ha venido porque tiene poco que perder.

-Ha acertado, profesor. ¿Cuándo comienzo? -preguntó alegre-. ¿Qué debo hacer?

Y la respuesta de Frantz Speidel hizo abrir desmesuradamente los ojos al sorprendido Mihaly Barlai.

-Comenzaremos por comer algo. En cuanto a su trabajo, probablemente pasarán algunos días o tal vez semanas antes de que me decida a iniciarle en él. Por ahora sólo le acepto en principio; ya tiene usted empleo.

-Cuidado, profesor Speidel -amenazó sonriente el muchacho- Después que haya comido seré lo bastante fuerte como para impedir que nadie me eche de aquí.

-Tal vez sea mejor que no se vaya, muchacho -repuso el viejo-. Francamente, tengo ganas de hablar con alguien acerca del cuento de «La Bella Durmiente».

* * *

Alguien le sacudía por los hombros y una voz fuerte resonaba en sus oídos.

-¡Despierta!... ¡Despierta, Mihaly Barlai!

El rostro excitado del doctor Doosi fue lo primero que se ofreció ante sus ojos. Ya no había amenaza en lar expresión de aquel hombre, sino ansiedad, interés sin límites. Lo mismo ocurría con los dos oficiales... y con un nuevo personaje, un ser de edad más avanzada y rechoncho aspecto que parecía ostentar una jerarquía superior, a juzgar por el respeto con que

todos le trataban.

-He dicho la verdad... -jadeó débilmente Mihaly tratando de sacudirse los últimos efectos de la droga-. Trato solamente de hacerles comprender cuanto me ocurrió entonces. Estoy cansado...

-Responde tan sólo a una preguntar, Mihaly Barlai -apremió Doosi-. ¿Qué hizo contigo el profesor Speidel?

Y las palabras de la respuesta resonaron una a una en la estancia:

-ME HIZO DORMIR DURANTE TRES MIL AÑOS, doctor Doosi.

CAPÍTULO III
La fantasía de Speidel

Mihaly Barlai no permaneció demasiado tiempo en la Comandancia Militar, y poco después, con la misma celeridad, recorría a la inversa el mismo camino que siguiera antes, siendo depositado en el límite de la calzada metálica y acompañado a la casa de Kale bajo la vigilancia a un tiempo impasible e implacable de los dos soldados mecánicos.

Tan sólo una diferencia sintió al enfrentarse de nuevo con el viejo, y fue la certeza de que aquél le miraba de una forma muy distinta a la que empleara con anterioridad.

-¿Ya no me cree loco, Kale? -preguntó alegre, tendiéndole la mano en ademán de saludo y acentuando su sonrisa al percatarse de que Kale no parecía entender su gesto amistoso.

-Todavía no puedo responderte con absoluta certeza, muchacho; pero me alegra verte de nuevo. Jamás imaginé que volvieras aquí desde la Comandancia.

-¿Por qué? -se extrañó Mihaly-. ¿Dónde si no podrían haberme llevado, dado que no conozco a ningún otro compatriota terrestre? Compréndame -agregó-. Soy como un recién nacido, como un niño que ansia saber, que necesita que le expliquen cosas que no comprende. Y usted puede hacerme ahora mucho bien relatándome desde el principio los acontecimientos a fin de que yo pueda establecer una ilación, una continuidad en mis ideas.

-Yo sólo tengo sesenta y dos años, amigo mío -repuso Kale- y el lapso de tiempo que usted necesita llenar son treinta siglos.

-¿También usted sabe eso? -se extrañó Mihaly.

-Sí; el doctor Doosi me ha advertido de ello y además... Seré franco contigo, Mihaly Barlai -suspiró-. Se me ha ordenado que te vigile, que te mantenga en observación mientras se comprueban ciertos datos y ciertas afirmaciones que desconozco aún.

-Se las ofrezco yo -apremió el muchacho, sin salir todavía de su asombro- a cambio de una sola pregunta. ¿Por qué no me vigilan ellos?

-Ya lo irás comprendiendo poco a poco. Dime, ¿qué más les dijiste?

-Les di la situación aproximada de la colina y de la cripta en donde permanecí dormido durante tres mil años. El hecho de que ahora vayan a comprobarlo... ¿supone para usted que he sido creído?

-Tal vez -aceptó Kale-, aunque no en el sentido que tú te imaginas. Me explicaré: para mí fue auténtico motivo de asombro y de extrañeza el conocerte, porque jamás imaginé que viviera alguien perteneciente a una época tan lejana.

-¿Y bien?

-Sin embargo, para Doosi y los suyos no eres sino... ¡cómo diría yo!...

una especie de pieza de museo, una reliquia terrestre en todo semejante a esas otras que de vez en cuando salen a la luz en las excavaciones de las minas, pero con la diferencia notable que esas piedras y ruinas necesitan estudiarse para conocer su historia... y tú puedes contarla por ti mismo. No, muchacho -añadió, cortando con un gesto la protesta de Mihaly-. Para los seres de la Era de Roni la palabra «terrestre» no tiene más sinónimo que la de «esclavo». Lo demás no les interesa, aunque a ti te lo padezca, y si hoy eres objeto más de su curiosidad que de su atención, mañana puedes estar trabajando en cualquier yacimiento de minerales radioactivos, bajo su vigilancia despiadada y cruel.

-¡Está usted mintiendo, Kale! -rugió Mihaly-. ¡Está mintiendo, y además tiene la virtud de exasperarme con sus palabras!

Avanzó un paso hacia él, pero quedó inmóvil, no porque la guardia hiciera acto de presencia, sino escuchando una voz que podría ser arrulladora y dulce si el despecho y la cólera contenida no la hiciesen odiosa y altiva:

-¿Cómo consientes esa actitud en un esclavo?

Una mujer apareció ante los ojos de Mihaly. Una mujer joven y de formas esbeltas que merecía incluso el calificativo de hermosa y que alzaba su cabecita adelantando desdeñosos sus labios gordezuelos y rojos. Por debajo de su cabellera rubia brillaba una chispa de contenida ira en sus ojos azules, y su pecho subía y bajaba a impulsos de una respiración afanosa.

-Te he estado escuchando -agregó, avanzando hacia Kale- y me sorprende que...

-Calla, Lena -cortó el viejo-. Tú no entiendes de estas cosas.

-Perdón, señorita -balbuceó Mihaly-. Lamento haberme excedido en presencia de la primera visión maravillosa que he tenido desde mi despertar.

Ella le volvió la espalda en manifiesto desaire, pero Mihaly no pareció darse cuenta, empleado en devorarla con los ojos.

-Es mi hija Lena -dijo Kale- . Mi hija y toda mi familia. Y este es...

-Lo sé -dijo ella secamente-. El terrestre que afirma haber estado durmiendo tres mil años.

-Veo que las noticias siguen corriendo en la Tierra al igual que antes -apuntó el muchacho-. ¿Cuánta gente me conoce ya?

-Olvida el incidente, Mihaly -dijo Kale-. Ven, sentémonos... Tú también, Lena; y ahora, amigo mío -agregó después-, háblanos de tu pasado.

-¿No sería mejor que usted iniciara el relato, Kale?

El viejo negó con la cabeza diciendo:

-Habla; yo empezaré donde termines tú,

-Acepto, porque el recuerdo de mi pasado está tan fresco que me parece

estar viéndolo aún.

* * *

-«El cuento de la Bella Durmiente»...

Mihaly no hizo sino considerar aquellas extrañas palabras durante la comida, que iba transcurriendo en medio de un embarazoso silencio. Advertido por el viejo de que ellos dos eran los únicos moradores de «Los Abetos», le acompañó varias veces a la cocina para ayudarle y comió en silencio sin alabar siquiera la exquisitez de aquellas salchichas con coles que componían el plato fuerte.

-Ha devorado usted la ración de cuatro hombres -dijo Speidel cuando Mihaly, ahíto, apartó el plato vacío-. Es un dato interesante para mis experimentos el conocer más o menos exactamente la capacidad de su estómago.

-¡Bah! -contestó el joven-. Habitualmente me contento con la tercera parte. ¿Sabía usted que iba a venir o cocinó para alguien más, profesor? -preguntó, tratando de desviar la conversación.

-Dejémoslo. Acompáñeme ahora y veremos qué sabe hacer.

Otra vez volvieron a la estancia atiborrada de libros y allí habló de nuevo el profesor tras rebuscar un poco y entregar a Mihaly un voluminoso memorándum.

-Me ha dicho que es ingeniero. Pues bien; demuéstremelo ahora estudiando y repasando estos papeles y corrigiendo todas las imperfecciones que encuentre en ellos. Quiero notas de todas sus observaciones. Yo estaré en el laboratorio, Mihaly; si me necesita para algo que sea absolutamente preciso, llame a ese timbre.

Salió sin decir más, y el muchacho quedó en pie viéndole alejarse. Luego sacudió la cabeza en un intento de despejar sus ideas y miró con curiosidad aquellos papeles mientras de sus labios brotaban unas palabras musitadas en voz baja:

-¡San Esteban me valga! ¿Me habré metido en la guarida de un loco peligroso?

Momentos después se olvidaba de todo. Con gesto brusco derribó de una silla los libros que la ocupaban y tomó asiento ante la mesa apartando con los brazos los innumerables papeles que la cubrían.

Se abstrajo en el estudio del memorándum que le entregaba el profesor; en aquellas hojas había esbozos y esquemas acotados y precisos de un aparato que resultaba difícil de identificar. A lo que podía colegirse era una especie de caja metálica, de cierre hermético, protegida por una cúpula transparente. Pero Mihaly no podía colegir la utilidad y el destino de todo aquello y barajaba las anotaciones y los cálculos repitiendo las anotaciones de «cámara de alimentación», «inyector automático», «regulador de

velocidades» y otros muchos por el estilo.

Dos cosas había claras de momento: la indicación del equipo compresor que debía aplicarse al aparato y los cuadros distribuidores de fuerza motriz que aparecían señalados en los planos.

-¡Por mil diablos! -tornó a exclamar-. ¿Por dónde empieza todo esto?

Se apoderó de otros papeles. Toda la mesa estaba llena de ellos y todos a su disposición. Primeramente halló uno que hablaba de anestésicos; poco después era el hallazgo de la mención «pulmón de acero» lo que comenzó á llevar una pequeña luz a su cerebro, y por último...

-¡Santo cielo!...

Estaba pasando de prisa las hojas de una especie de diario que encontrara debajo de un amontonamiento de libros, y una de sus anotaciones le dejó confuso:

-«Año 1945. Enero, 24. Experimento núm. 587. Se utilizó un cobaya macho, sano y sin defecto, al que le fueron inyectados dos miligramos de la droga en solución salina estéril. La duración del sueño, exactamente comprobada, fue de 19 horas, 28 minutos y 43 segundos. Al apreciarse los primeros síntomas de recuperación se le llevó a la «cámara compresora», que funcionó durante ocho minutos y diecisiete segundos. El cobaya despertó y, tras su sueño, vivió aproximadamente dos horas y media.»

Pero aquel informe era tan sólo uno entre los muchos semejantes que componían el diario. Se reseñaban en él más de dos millares de experiencias, que sufrían un cese rápido en agosto de 1945 y se reanudaban en marzo de 1947, aunque no con el mismo ritmo ni con la misma clase de animales. Si el profesor empezó por cobayas, estaba terminando con perros, gatos, una oveja, dos caballos y una vaca.

-¿Intrigado, Mihaly?

La voz del profesor, sonando burlona a sus espaldas, le hizo brincar sobresaltado en el asiento. Alzándose, se encaró con el viejo que le miraba sonriente.

-Puntualicemos las cosas, profesor. Todavía no sé nada acerca de sus actividades y estoy pronto a olvidar cuanto he visto y leído hasta hace poco. No tengo nada que perder, es cierto -agregó-, pero tampoco deseo intervenir en nada delictivo ni en actividades sospechosas y oscuras. Exijo una explicación antes de renunciar a un empleo que me hace mucha falta... ¡Ah! Y de paso trate de buscarse otro compresor; para los cálculos efectuados no le sirve el que reseña en sus notas.

Así me gusta, muchacho -repuso Speidel acentuando su sonrisa. No me equivoqué al juzgarle y creo que su compañía me conviene. De antemano voy a advertir que no estoy loco ni que en nuestro trabajo haya nada delictivo. Las autoridades de ocupación saben de mi existencia y hasta han revisado varias veces mis papeles; pero prefieren ignorarme de la misma

forma que en otro tiempo lo hicieron mis propios compatriotas. Para unos y para otros fui y sigo siendo un viejo inofensivo y maniático que pierde su tiempo buscando una loca quimera, y tal vez esa creencia me ha beneficiado porque de esa forma he continuado mis experimentos sin ninguna molestia. Trabajo desde hace muchos años tratando de conseguir algo que creo factible y que estoy a punto de alcanzar. La idea es, en principio, descabellada y fantástica; pero yo sé que tan sólo es cuestión de tiempo, de muy poco tiempo, el llegar hasta ella.

-Hasta aquí vamos bien, profesor. Todavía no me ha dicho nada concreto, pero vamos bien.

-Se lo explicaré, muchacho. Busco un hombre que sienta la misma ilusión que yo por mi trabajo, que secunde mis planes, que se convierta en mi ayudante y en mi mano derecha y que, al llegar el final, se atreva a experimentar sobre sí mismo el resultado de los trabajos. Yo estoy seguro del triunfo, Mihaly, pero aún no sé si usted podrá comprenderlo primero y soportarlo después.

-Pidió un hombre decidido y yo contesté a su llamada -repuso Mihaly-. Veamos ahora de qué se trata.

Y otra vez sonaron aquellas palabras enigmáticas en los labios de Frantz Speidel:

-Es muy sencillo, hijo. ¿Conoce usted el cuento de «La Bella Durmiente»?

-¡Profesor! ¿A qué viene eso?

-Se sorprenderá si le digo que llegará un día en que yo le dormiré a usted y que cuando despierte, cuando de nuevo abra los ojos a la vida, se sentirá joven y fuerte, aunque sobre sus espaldas caiga el peso de los años, de los siglos... tal vez de los milenios... No bromeo, muchacho. ¡YO LE HARÉ DORMIR DURANTE MILES DE AÑOS!

* * *

-¡Continúe, se lo ruego!

Era Lena quien había pronunciado aquellas palabras. En sus ojos ardía la misma impaciencia que en los de Kale; ambas personas estaban pendientes de su narración, pero especialmente la muchacha parecía como fascinada por la voz de Mihaly, que le sonreía agradecido.

-¿Por qué le interesa tanto el pasado, Lena? -preguntó.

-Porque después de vivir en esta época he suspirado siempre por no haberla conocido; porque sus palabras, aun sonándome amargas, me dicen que no siempre estuvo la Tierra sometida al dominio de unos seres despiadados y crueles, porque me hacen conocer una época en la que se conocía la felicidad.

-Nosotros, sin embargo -apuntó él- no la considerábamos tan feliz y

esplendente como usted supone. Acabábamos de salir de una terrible guerra, medio mundo había destruido al otro medio y la gente pugnaba por resurgir entre las ruinas de las casas, de las naciones y de las propias vidas, luchando por sobrevivir, aunque fuese a costa de los demás, sin importarle el sistema o el medio.

-Hable de aquella época, Mihaly -rogó Kale-. Continúe su relate ahora que tenemos tiempo.

* * *

Dos semanas después, Mihaly comenzaba definitivamente sus nuevas ocupaciones.

-Mi teoría es ésta -estaba diciendo el profesor Speidel-. Partiendo de la afirmación de Einstein de que un ser introducido en un cuerpo que se mueve a impulsos de una aceleración progresiva...

-¡Santo cielo! -interrumpió cómicamente Mihaly-. Confieso que me siento incapaz de continuar un razonamiento semejante.

-Me avergüenzo de usted, Mihaly. Einstein es una gloria de Alemania, aunque tuviera que escapar de ella para salvar la vida.

-De acuerdo, pero yo soy húngaro.

-Déjame seguir. Estaba diciendo..., sí; eso es. Ese ser «vive» tanto más despacio cuanto mayor es la velocidad, y esa lentitud de vida tiene un límite: el momento en que el móvil alcanza la velocidad de la luz. Ahora bien; si yo consigo proporcionar a un móvil esa aceleración progresiva, si introduzco en él un ser viviente..., y si ayudo la lentitud de vida de ese ser mediante un anestésico, es factible, según mis cálculos, la posibilidad de crear artificialmente una especie de viaje a través del futuro, mediante el cual se conseguiría transplantarle a una época que no era la suya.

-Poco a poco, profesor -volvió a interrumpir Mihaly-. Confieso que me cuesta creerle.

-Y no me ofendo por ello. La primera lección es un poco complicada, pero sencilla a la vez. Imagínelo usted mismo: está metido en una cámara hermética que describe un círculo en su movimiento alrededor de un punto fijo; en tanto en ella se ha hecho el vacío, su velocidad se acelera constantemente, pero usted no puede sentir los efectos de esa aceleración que podría matarle, porque sus sentidos están anestesiados, porque ha perdido la noción del equilibrio, del plano en que se mueve. Se ha extirpado en ocasiones el oído medio de los peces y se les ha visto flotar incluso panza arriba, faltos del sentido de la dirección y del equilibrio. Mi anestésico obrará en usted los mismos efectos. Se dormirá, Mihaly, y al despertar encontrará quizás el paraíso en la Tierra... o maldecirá mi nombre y mi recuerdo al enfrentarse con una visión de pesadilla. Se dormirá hasta que, como nuevo Lázaro, sentirá una voz que le ordene: «¡Sal fuera!»... ¡Y

estará vivo, tendrá la misma edad que ahora y habrá dejado atrás dos, tres, cinco millares de años!

El profesor jadeaba excitado. Mihaly le escuchaba atento, pugnando por apartar las burlas que sus palabras arrancaban a su ente, haciéndose a la idea de que todo aquello podía resultar cierto... y en tal caso... ¡Trasplantado a un mundo distinto aun siendo el mismo!

-El cuento de «La Bella Durmiente» -murmuró sin darse cuenta.

-¡Eso es, Mihaly! La realización palpable de una fantasía mediante otra fantasía factible.

-Demasiado fantástico, profesor, para ser cierto.

-¿Y por qué ha de serlo? No, muchacho; no. Vivimos una época turbulenta y agitada en que la ciencia ha obrado auténticos milagros al calor de la guerra. Aquí, en la Tierra, nacen todas nuestras fantasías... pero es la ciencia quien nos impulsa hacia ellas, quien nos hace soñar, presentándonos la realidad presente de unas realizaciones que juzgábamos remotas. Cohetes, armas secretas, bombas atómicas... Nada de eso existía, sino en la imaginación de los novelistas, y sin embargo hoy lo dominamos a nuestro antojo. Por ello nosotros, en nuestra fantasía, nos anticipamos a la ciencia que viene detrás, escudándonos en unos «tal vez sea posible en otra época» o en unos «los hombres de ciencia lo conseguirán». Yo no hago esta vez sino anticiparme al futuro...

Tenía la expresión de un profeta, de un auténtico vidente.

-La situación es grave, Mihaly; leo la prensa y puedo darme cuenta de ello[2]. Tal vez el mundo arda en la hoguera de una nueva destrucción y usted, Mihaly Barlai, sea el único hombre que sobreviva al moderno Diluvio. Su Arca de Noé será un pulmón de acero perfeccionado por mí...

-Aun suponiendo que acepte, profesor -no pudo menos que sonreír Mihaly-. ¿Cree usted que cuando despierte encontraré a alguien a quien ofrecer la ramita de olivo? Tal vez olvida usted que la ciencia, con sus adelantos, es capaz de engendrar el arma que lo destruya todo, que aniquile la vida, que transforme la Tierra en un astro muerto. ¿Valdría la pena resucitar para ello?

-Si yo aceptara la idea de que la ciencia es capaz de llegar a ese extremo -aseguró el profesor Speidel con voz grave- maldeciría mil veces la civilización... Pero así y todo no renuncio a mi proyecto, Mihaly.

-Es testarudo, profesor Speidel.

-He buscado un hombre joven -continuó el viejo sin hacerle caso- para depositar en él toda la esperanza de supervivencia. De otra forma, si mi edad no fuese tan avanzada, me designaría a mí mismo para llevar a cabo esta misión.

Le brillaban los ojos y respiraba fatigosamente al añadir:

-Podré... podré contar con usted, ¿verdad, hijo?

Déme algún tiempo para reflexionar, profesor. La verdad es...

-No hay tiempo; el trabajo apremia y mi vida no ha de durar demasiado tiempo. Quédese a mi lado, siga mis experiencias y...

-De acuerdo -concedió Mihaly-. A medida que yo mismo vaya convenciéndome de la realidad de su idea... aceptaré la responsabilidad de someterme a ese experimento final que ya ahora me está seduciendo.

* * *

Miró a sus interlocutores, que le escuchaban religiosamente.

-Estuve casi tres años con el profesor Speidel -añadió luego- y un día de agosto de 1951 se efectuó el gran experimento. Para entonces teníamos montado todo lo necesario. Desde «Los Abetos» nacía un corredor que iba a desembocar en la cámara subterránea excavada durante la guerra en el seno de una colina rocosa. Aquel era el secreto y el pecado del profesor Speidel: sus compatriotas tuvieron allí un centro de experimentación nuclear... pero por alguna razón desconocida, al terminar las hostilidades, aquel pequeño laboratorio quedó ignorado para todos, no sé si por muerte de todos sus ocupantes o por desaparición de todo documento que lo señalara. Aprovechamos desde el primer momento gran parte del cuantioso material que había en la cripta; quedó montado el «pulmón de acero» con las modificaciones introducidas por Speidel, todo introducido bajo una cubierta hermética con mirillas transparentes. Una conducción artificial de agua, procedente de un arroyuelo de la colina producía fuerza motriz haciendo girar una turbina...

Hizo una pausa en su relato, tratando de recordar todos los detalles.

-Nunca llegué a saberlo todo. Speidel parecía empeñado en que su secreto muriera con él, pero yo llegué a sospechar que la fuerza que hacía girar con aceleración progresiva la gran plataforma del pulmón de acero era propulsión nuclear. ¿Qué más voy a decirles? Es difícil rememorar mis sensaciones en aquel momento supremo. Frantz Speidel tenía en su rostro una auténtica expresión de demencia, y yo estaba, pese a todo, dispuesto a obedecerle. Una sencilla inyección... y comenzaría todo. Una y otra vez había comprobado el funcionamiento mecánico de los aparatos; el electrocardiógrafo, compresor, inyector de aire, alimentador automático... Sólo faltaba mi presencia en el interior de la cámara hermética y la acción de una mano que iniciara el movimiento de la plataforma.

-¿Pero usted se sometía a ciegas al experimento? -le interrumpió Lena.

-No; yo tenía previstas una serie de circunstancias de seguridad para el caso de que algo fallara. Si se interrumpía la producción de fuerza motriz entraba en acción un aparato recuperador que me haría recobrar el conocimiento en el plazo de dos horas, sometiéndome a los choques eléctricos de una batería de acumuladores. Si el anestésico no producía sus

efectos, yo mismo podría detener los mecanismos antes de que la velocidad fuese demasiado alta. En fin, tenía tantas probabilidades a favor, que no sentía ningún temor ante un fallo mecánico. Mi única ansiedad se refería al futuro, sobre la base de que el experimento resultara según lo planeado.

-Y entonces... -aventuró Kale.

-Me tendí sobre la plancha del pulmón de acero y me sujeté con las correas -continuó Mihaly con voz vacilante- Speidel me aplicó la inyección en el antebrazo y sujetó a mis sienes los terminales de un encefalógrafo. Me tendió la mano con emoción, sin darse cuenta de que no podía corresponder a su gesto, y cerró las aberturas de la cámara hermética. Mi último recuerdo es una dulce sensación de placidez que parecía subir desde los pies intentando alcanzar la cabeza Supongo que Frantz Speidel conocía por el encefalógrafo el momento en que mi cerebro quedó anulado por los efectos del anestésico, y entonces conectó los mecanismos de velocidad. Para entonces yo no estaba ya en este mundo... y de esta forma continué, perdida la noción del tiempo. Sólo recuerdo que al despertar, al conseguir ponerme en pie sobre el aire viciado de la cripta, sentí un miedo horroroso. Mi memoria estaba anquilosada, no podía recordar ni siquiera mi nombre, y me veía sepultado en vida en un lugar desconocido. Como una fiera enjaulada di vueltas y más vueltas en aquel cubil hasta que mis pies tropezaron con un objeto que resultó ser un zapapico. Entonces entró en juego mi instinto de conservación, y acercándome a una de las paredes comencé a golpearla, lanzando exclamaciones de alegría cada vez que sentía rodar las piedras y la tierra. Al cabo de mis fuerzas logré abrirme paso hasta el exterior, hasta recibir la caricia del sol y el primer soplo de aire puro. El resto de mi historia ya la conocen ustedes; soy un hombre del pasado transportado al futuro, una auténtica reencarnación del cuento de «La Bella Durmiente», con la salvedad de que a mí no me despertó ningún príncipe, sino la aterradora visión de aquellos soldados mecánicos.

Esta vez fue Kale quien le tendió la mano en señal de amistad.

-Te creo, muchacho -dijo-. Tu relato es sincero y me hace comprender ahora la excitación de tus primeros momentos de vida en este mundo nuevo. Entre mis compatriotas tengo fama de sabio -sonrió burlón-, porque conocen mi afán por recopilar datos acerca del pasado. En ti he encontrado mi mejor libro, y me siento capaz de unir el final de tu aventura con el principio de nuestras desgracias. No te equivocaste al decir que la ciencia sería capaz de destruir a la Tierra, y el profesor Speidel habría de maldecir mil veces a la civilización... porque precisamente nuestra existencia de ahora, humillante y miserable, se debe a las consecuencias de esa misma civilización que, endiosada y orgullosa de sí misma, llegó a destruir sin darse cuenta el templo de oro que había construido.

-Mi padre dice la verdad, Mihaly -corroboró Lena-. Cuando los seres de

Roni llegaron a la Tierra la encontraron indefensa e inerme.

-Sí. Mihaly -terminó Kale-..El hombre había retrocedido casi a la edad primitiva, y bajo la dominación actual tardará aún mucho tiempo en recobrar el nivel de su civilización perdida.

Pero entonces, y pese al afán de saber de Mihaly, Kale hubo de interrumpir sus frases. Desde el vano de la puerta resonó la llamada imperativa de uno de los soldados mecánicos, apareciendo para dirigir sobre ellos la pantalla televisora de su falso rostro. Nada entendió Mihaly de cuanto dijera y fue Lena quien se lo tradujo, mientras en sus hermosos ojos se reflejaba el sobresalto.

-Le ordenan acompañarle, Mihaly -dijo-. Van a ir nuevamente a la Comandancia.

-¿Y por qué precisamente ahora, que acabo de venir de allá?

-No pregunte, Mihaly -aconsejó Kale-. No quiera saber nada y limítese tan solo a obedecer. Será mejor para usted y para todos.

-Así lo haré, pero me alegra saber antes de partir que he conseguido dos auténticos amigos. ¿Puedo confiar en sus sentimientos?

-Esté seguro de ello, Mihaly Barlai -aseguró solemnemente el viejo mientras Lena asentía mudamente.

-Entonces -terminó alegremente el muchacho- ¿A qué temer nada? Vamos a la Comandancia, muñeco -agregó dirigiéndose al soldado-, pero procura que no me entretengan demasiado. Tengo muchas cosas que contarle a una hermosa personita que se llama Lena.

Y abandonó la casa entre la sonrisa de Kale y el brillo de lágrimas que había aparecido en los ojos de Lena.

CAPÍTULO IV
Los seres de Roni

Son diversos y muy variados los motivos que inducen a un pueblo y a una raza -cualquiera que sea- a extender los límites de su dominio material o espiritual: Inteligencia superdotada, que les lleva a aprovecharse de la debilidad de sus adversarios; ambición sin límites, que les empuja incluso a la violencia; exceso de población, que les obliga a ensanchar su territorio vital; carencia de recursos, que les impulsa a apoderarse de cuanto les sea necesario para subsistir; fuerza, poder, sentido de una alta misión a cumplir, que les convence de que lo suyo debe ser impuesto a los demás...

Cada una de estas razones -sin detenernos a considerar si llevan al triunfo o a la derrota- encadena a una o a varias de las restantes, supliendo con la superioridad de algunas la desventaba de las otras, y de su conjunto nacen una sensación de fortaleza y un estímulo que se hacen patentes e imperiosos con el transcurso del tiempo.

Esta vez, ese conjunto de razones se produjo cabe la superficie de un astro perdido en la inmensidad del espacio, bañado por la luz de otro sol y por el fulgor de millones de estrellas. Ese astro era Roni, el principal de un sistema de siete planetas de diferentes características, sobre los cuales había ido dejando el tiempo la huella de su paso en su trabajo de ayude a la Naturaleza que perfeccionaba lentamente las condiciones de vida y habitabilidad de algunos de ellos.

Originaria de Roni es una raza inteligente y hábil que ha sabido suplir con artificios mecánicos las obligatorias deficiencias de un astro en avanzado período de formación. Una raza emprendedora y audaz que, ansiosa de nuevos horizontes, ha canalizado desde el principio sus congénitos impulsos de expansión territorial para verterlos primero sobre las superficies cercanas de los restantes planetas de su propio sistema y buscar después nuevos objetivos sobre qué aplicarías. Una raza que ha escrutado las fuerzas de la Naturaleza, que ha investigado las ciencias y las artes orientando siempre sus estímulos hacia la grandeza, la perfección y el aumento de dominio.

Se llaman a sí mismos los seres de Roni y prácticamente lo tienen todo. La liberación de la energía contenida en la materia les ha proporcionado una fuerza incalculable, que han sabido controlar para aplicarla en la propulsión de sus unidades navales y aéreas, en sus vehículos terrestres y en sus artificios bélicos. La perfección en la mecánica y en la electrónica les ha permitido crear un ejército artificial que abra para ellos nuevos horizontes y defienda en su provecho lo adquirido. Artes, ciencias, industria, orientación ciudadana... todo ha sido meticulosa y concienzudamente perfeccionado, hasta llegar un instante en que su mundo

se les ha hecho pequeño, un instante en que han necesitado un nuevo estímulo que les liberase de la existencia cómoda, regalada y abúlica en que vivían.

Y es entonces cuando los seres de Roni se lanzan al espacio, iniciando una nueva etapa de su expansión, deseosos de constatar por sí mismos las maravillas astrales que sus instrumentos ópticos les han revelado. Cruzan la noche eterna a bordo de sus velocísimas aeronaves. Explora la inmensidad jalonando su paso con nuevos descubrimientos y conquistas... Y cuando se sienten seguros de sí mismos lanzan a lo más escogido de su flota y de su ejército más allá del horizonte invisible, más allá de las fronteras irreales del espacio, y vuelan a través del Cosmos en su intento de conquistar definitivamente un objetivo valioso que sea como el esperado premio a sus proezas.

Millones de seres, varones y hembras, componen la avanzada más gigantesca de todos los tiempos. Con ellos van ejércitos de soldados mecánicos provistos de los más modernos armamentos, reservas de proyectiles y explosivos, de alimentos, de gases mortíferos o simplemente respirables. Todos juntos recorren las distancias, eluden los campos gravitatorios de soles candentes, vislumbran la lejanía graciosa de las nebulosas y dejan pasar las estelas ígneas de los cometas mientras la vida sigue su curso a bordo de las distintas escuadras y llega el fin de la existencia para muchos de sus tripulantes a la par que se inician los primeros balbuceos de nuevas generaciones.

Con el paso de los años penetran en las órbitas de un nuevo sistema solar y dejan atrás unos cuerpos celestes cuya composición, naturaleza y temperatura son determinadas con presteza, convenciéndoles de lo inútil de una arribada a sus superficies heladas, semisólidas o muertas. Son Plutón, Neptuno y Urano, relegados casi inmediatamente al olvido[3] ante la presencia esplendente de un gigantesco planeta ceñido por los fantásticos cinturones de unos anillos multicolores y en torno al cual voltean doce satélites. Después de Saturno, Júpiter capta su atención; pero ese sol que muere o planeta que nace no puede ofrecerles otra cosa que sus altas temperaturas, su atmósfera irrespirable y la negación de vida en su superficie.

Rematado por los blancos casquetes de sus hielos polares, Marte avanza después a su encuentro lanzándoles los reflejos verdes y anaranjados de su superficie cambiante. Trazos rectilíneos cruzan su corteza, a modo de fantásticos canales deslizándose bajo una sutil capa de aire enrarecido, y con su engañosa apariencia atrae a los expedicionarios de Roni que destacan hacia él y hacia sus dos satélites -Phobos y Deimos- una escuadra de aeronaves para reconocerlo más detenidamente.

Pero...

Hay otro astro cuya imagen de brillo azulino ocupa esta vez los visores telescópicos de todas las aeronaves, agrandándose a medida que disminuye la distancia. Bajo la luz del sol, sus zonas acuáticas resplandecen con un intenso azul, y una gama polícroma de tonalidades va delatando sus tierras y sus montañas, envueltas entre el celaje blanquecino de las nubes. Muy pronto circulan entre los expedicionarios las noticias referentes a aquel planeta desconocido: datos sobre su posible formación geológica, período de formación, temperatura y grado de humedad, reacciones a los detectores químicos y catalizadores de gases nobles...

No hay duda. De todos los cuerpos que componen aquel sistema tan sólo han encontrado dos -Marte y Venus- en cuya superficie fuera posible la iniciación y el desarrollo de la vida, contando para ello con disposiciones anatómicas características. Pero esta nueva imagen se agranda ante ellos mostrándoles hasta sus más pequeños detalles y asegurándoles que, en cuanto a naturaleza, supera incluso hasta al mismo Roni. Viene a ofrecérseles como un mundo de ensueño perdido en el espacio, como una promesa paradisíaca, como el auténtico destino de aquella raza audaz y emprendedora...

Una orden surca las ondas, dirigida desde la nave capitana a todas las demás; regresa de Marte a toda prisa la escuadra destacada y, todas las formaciones, desplegadas en orden de batalla, enderezan su rumbo hacia la Tierra devorando ansiosamente sus reservas de combustible nuclear.

* * *

Ya han penetrado en la atmósfera terrestre. Las naves, pese a su velocidad más reducida, experimentan sobre sí mismas la elevación de temperatura que produce el frotamiento.

Las órdenes son concretas: estado de alerta para rechazar el inmediato ataque de los pobladores de aquel planeta que, indudablemente, saldrán a su encuentro para defenderlo.

Pero la distancia se acorta más y más sin que, ante la estupefacción de los seres de Roni, se produzca ese ataque. Están listos los proyectiles en sus tubos de lanzamiento; los proyectiles dirigidos y las cargas nucleares esperan el momento de ser escupidas contra un enemigo que les priva ahora el placer morboso de la batalla.

No hay defensa. Bajo la cubierta algodonosa de las nubes aparece la Tierra, erizada de picachos su corteza sólida, desplegada en llanuras y valles fértiles, surcada de ríos, sembrada de lagos, movible en su superficie líquida. Treinta kilómetros... diez kilómetros... cinco kilómetros... un kilómetro de altura sobre aquel planeta deseado.

-Iniciar la acción... Desembarco... -dicen las órdenes de la nave capitana.

Y por todos los ámbitos de la Tierra se esparcen las escuadras y los grupos poniendo en práctica su plan de ataque. Bajo la protección segura de sus formaciones de combate descienden las naves de transporte acortando la velocidad mediante espirales y giros.

El desembarco se produce simultáneamente sobre puntos elegidos previamente de la superficie. Abiertas las compuertas, los soldados mecánicos se esparcen por las llanuras, avanzando veloces sobre su única rueda motriz y ayudándose con sus soportes telescópicos para salvar las desigualdades del terreno. Están dirigidos y mandados a distancia por control remoto, pero actúan como auténticos seres vivientes reaccionando ante todo lo que puede ser asechanza o peligro con los fulminantes disparos de sus fusiles atómicos.

Corretean aquí y allá, desmenuzan sus secciones buscando a un enemigo inexistente o invisible... y al fin se detienen, como desilusionados y sorprendidos, sin acabar de convencerse de que aquella hermosa tierra es suya, de que acaban de conquistarla sin resistencia.

Cuando el grueso de las formaciones aéreas toma tierra y los seres de Roni pisan por vez primera la superficie de aquel planeta conquistado de forma tan aplastante como fácil no llevan en sus semblantes la alegría del triunfo sino, el recelo de una emboscada, de un contraataque imprevisto que les destruya y aniquile. Los grupos de combate siguen patrullando las alturas sin descuidar la vigilancia; el ejército mecánico se extiende en protector círculo a distancia, y los desembarcados empuñan las armas y proceden al montaje de puestos defensivos de urgencia, cerca de sus naves y junto a sus mujeres y sus hijos.

De improviso comienzan a llegar las primeras noticias. Hasta entonces nada han visto -salvo la vegetación escasa y pobre- que les convenza de la existencia de vida en aquel planeta. Pero ahora, cuando se habla de prisioneros, de cautivos, de descubrimientos trascendentales y de seguridad en el triunfo y en la posesión de la tierra, la raza de Roni grita victoriosa, ríe alegre y lanza a lo alto los sones guturales y ásperos de su idioma.

Al principio son escasos los prisioneros, pero luego van llegando a los improvisados campamentos verdaderos rebaños de cautivos, hombres, mujeres y niños, que contemplan a los recién llegados del cielo con una expresión de terror pánico y al mismo tiempo de insaciable curiosidad. Todos los terrestres son robustos y fuertes, de naturaleza sana y de buena conformación anatómica, contrastando la variada pigmentación de su piel con la uniformidad azulada de la epidermis de los seres de Roni que no acaban de convencerse -según el punto de su aterrizaje- de que haya hombres blancos, negros, amarillos, cobrizos y rojos. Les sorprende la diversidad de sus vestidos, sencillos y prácticos en unos, primitivos en otros e inexistentes en muchos; la disparidad de sus viviendas, reducidas y

humildes pero limpias y alegres unas, improvisadas otras y miserables las más; la diferencia de sus mentalidades y de sus antagonismos instintivos...

Supieron que los hombres de raza blanca -dentro de su atraso mental y material- superaban a los demás. En los territorios poblados por ellos fueron más frecuentes los hallazgos de ruinas y restos que hablaban de un pasado más esplendoroso en la vida de todos aquellos hombres desarmados y militarmente débiles... y por parte de los seres de Roni comenzó a nacer un instintivo desdén hacia los vencidos, hacia los hombres que no habían sabido conservar primero ni defender después la maravilla del mundo que les vio nacer. Por vez primera sintieron alzarse sobre ellos su superioridad gigantesca, y -particularmente los de la raza blanca, los más adelantados- vieron en ellos sus futuros siervos haciendo nacer la igualdad «terrestre-esclavo» que marcaría la pauta para lo sucesivo.

Comenzaron a alzarse las nuevas ciudades mucho después que una escuadrilla emprendiera el vuelo de regreso a Roni llevando a bordo muestras vivas y reales de todo cuanto encontraran sobre el planeta conquistado, datos sobre su presente y su pasado... y proyectos para su porvenir, como confirmación del mensaje radiado que les había precedido.

Los seres de Roni estudiaban el pasado de los hombres de la Tierra, aprendían la diversidad de sus idiomas, se iniciaban en la complejidad de su psicología. Se iba haciendo la luz en las mentes de los conquistadores; de las ruinas que las primeras excavaciones sacaban a la luz brotaba viva la historia del pasado de la Tierra... Esta vez era el amasijo herrumbroso y retorcido, triste final de un arma de combate; después la piedra desnuda de unas edificaciones que debieron ser de atrevido porte y gran altura; luego los vestigios de calzadas y caminos, osamentas de ciudades enteras, mordiscos de excavaciones y cuencas mineras, vestigios de construcciones hidráulicas en los ríos y esqueletos de naves, deformadas por la presión y los años, extraídas del fondo de los mares.

Al mismo tiempo iba extendiéndose sobre la Tierra la nueva civilización. Desde ciudades-clave, nacidas casi siempre en los mismos puntos de origen del desembarco, a millares de kilómetros unas de otras, fueron brotando los tentáculos metálicos de las carreteras como nexo de unión entre todas ellas. Grandes pistas de aterrizaje recibieron a las primeras aeronaves o las vieron partir hacia otros destinos. Edificios, puentes, redes de energía, fabulosas y gigantescas plantas industriales, alojamientos, depósitos, almacenes y acuartelamientos fueron poblando la superficie desnuda del planeta, ante la estupefacción de los terrestres que, sometidos a la fuerza por el poder de sus conquistadores, se maravillaban ante la sabiduría y perfección del nuevo pueblo.

Aconteció la invasión el año, según la cuenta terrestre, 3986 y aquél fue el primero de la era de Roni. Desde entonces, a lo largo de más de nueve

siglos de dominio, los terrestres habían adelantado poco o casi nada en su perfección porque a los seres de Roni «no les interesaba» que hubiese progreso entre sus sometidos. En ellos habían visto una mano de obra sencilla, barata y sin complicaciones. Las naturales revueltas y conatos de sedición que hubo al principio fueron deshechos de forma sangrienta hasta el punto de sentar en los terrestres la idea del temor hacia los conquistadores. La diferenciación racial fue completa y mantenida a cualquier precio, hasta el punto de que eran pocos los terrestres que habían tenido ocasión de visitar una ciudad roniana, escasos incluso los que llegaron a conocer una mujer extranjera y ninguno los que pudieron tratarlas, contados los que podían ofrecer en sus relatos sobre los conquistadores una idea concreta o una visión detallada de cualquier objeto, instalación o forma de vida.

«Terrestre-esclavo» y «Roniano-conquistador» eran dos postulados indestructibles. Ni la raza superior consentía en relacionarse con los sometidos, ni permitía tampoco que aquéllos mejorasen su nivel cultural, científico o industrial. Los únicos nexos de unión entre las dos separaciones eran, primero, los soldados mecánicos y sus terribles armas y, después, los capataces terrestres puestos al servicio de los ronianos.

Había, como siempre, algunas excepciones y eran los hombres que, como Kale, eran considerados «médicos» por sus compatriotas, resumiendo erróneamente en esa palabra toda la ciencia alcanzada, cualquiera que fuese su objeto. Pero los hombres como Kale eran escasos y raros porque esta aptitud para el estudio, esa ansia de saber y de mejorar había de ser innata en la naturaleza de una raza que conocía su futuro como algo igual al presente en que vivía, que sabia bien que nada ni nadie sería capaz de sacudir el peso de la opresión caída sobre sus cuellos, porque la Humanidad se había tornado fatalista, amargada y falta de estímulos, necesitando de muchos Kale que la sacaran de su letargo.

Muchos Kale... ¿O bastaría tal vez un Mihaly Barlai?

La presencia de aquel hombre entre los terrestres podía resultar peligrosa en grado sumo para los conquistadores. Mihaly Barlai, el casi resucitado terrestre, el hombre que después de tres mil años de encierro en el seno de una colina era el único capaz de contar cómo era la Tierra en su pasado, qué pudo ocurrir para que se iniciaran las causas de una decadencia casi fulminante... el único ser capaz de relatar con exactitud y hasta de «hacer sentir» la belleza de unas condiciones de vida muy distintas a las actuales, no podía ser del agrado de los ronianos.

A Mihaly Barlai debía vigilársele estrechamente, reprimir con mano dura sus instintos y sus ansias de libertad, hacerle comprender debidamente quiénes eran los amos y quiénes los siervos. O tal vez...

La opinión del doctor Doosi pesaba mucho en las decisiones del

gobernador de la zona, y debido a su sugerencia Mihaly Barlai fue dejado en libertad de acción dentro, claro está, de la disciplina y normas de trabajo impuestas a sus semejantes. Era como la semilla de la discordia sembrada en un campo recién abonado, y de ese experimento psicológico esperaba Doosi obtener nuevos resultados sobre los cuales verter sus estudios. De todas formas, una vigilancia discreta sí debía aplicársele, y nadie mejor para ello que un capataz de la factoría «Eni-189», una fundición de metales radioactivos que producía materia prima para ser utilizada por el ejército roniano.

-Liebig nos servirá -musitó el doctor Doosi después de exponer sus propósitos ante el gobernador y los altos oficiales de la Comandancia-. Creo interesante observar las reacciones de ese sorprendente resucitado al verse bajo las órdenes inmediatas de un compatriota... máxime si ese compatriota es Liebig.

-Le haremos venir a la Comandancia -terminó el gobernador esbozando una mueca que quería ser una sonrisa-. Así tendrá ocasión para vernos de cerca otra vez.

CAPÍTULO V
La fundición

Tras una breve entrevista a solas con el doctor Doosi y otros altos oficiales, entrevista durante la cual Mihaly identificó varios de los objetos que estuvieran en la cripta de la colina, salió de la comandancia nuevamente custodiado... aunque esta vez no regresó a la casa de Kale como imaginaba sino que, en el mismo automóvil, continuaron viaje a lo largo de la carretera metálica, alejándose más y más de la refulgente ciudad y de su amontonamiento satélite de humildes viviendas.

Nadie pronunció una palabra durante el trayecto. Conductor y soldados permanecían impasibles, y Mihaly se dedicó a examinar el paisaje tratando de no excitarse demasiado con la idea de su desconocido destino y recordando una y otra vez las palabras del doctor Doosi:

-¿Conoces la composición del anestésico que emplearon para dormirte?

-Yo soy ingeniero y no químico -había respondido él-. La composición de ese anestésico sólo la conocía Frantz Speidel.

Brevemente quedaron comprobados los extremos de la historia que Mihaly contara y sentado definitivamente que no era un fugitivo de ninguna parte. Entonces, como añadiera uno de aquellos oficiales, era necesario darle una ocupación transitoria hasta que el jefe superior de la Comandancia resolviera sobre su situación.

Después de ello, sin que mediara ninguna indicación más, emprendieron el viaje lamentando Mihaly solamente el no haber podido contemplar de nuevo a Lena mientras recordaba una y otra vez la agradable imagen de la muchacha que en principio le acogiera: con manifiesta hostilidad y llegara a cambiar su actitud por otra muy diferente a medida que su relato iba haciendo mella en su ánimo. Pensó también, estremeciéndose, en unas frases de Kale: «Hoy eres como un objeto de museo; mañana puedes estar en una fundición radioactiva»... «el único sinónimo de terrestre es el de esclavo»...

Sacudió la cabeza para alejar aquellas ideas, venciendo de antemano su instintivo temor, y se prometió a sí mismo no consentir verse degradado a tal condición mientras en su cuerpo quedaran1 fuerzas y energías.

Había perdido la noción del tiempo; la velocidad del vehículo daba la sensación de dejar atrás al sol en su carrera, y sin saber a ciencia cierta dónde se encontraba se alegró interiormente cuando en el horizonte comenzaron a destacarse con claridad las negras columnas de humo que brotaban de unas altas chimeneas. Hasta entonces todo había sido monotonía y aridez. Mihaly divisó escasos árboles y poca vegetación; tan sólo en las orillas de las dos corrientes de agua que dejaron atrás, salvándolas mediante magníficos puentes, había franjas de un verdor

incipiente y descuidado. La tierra y el cielo, salvo la presencia de su propio vehículo y el paso de una aeronave semejante a la que ya contemplará desde la colina estaban desiertos y carentes de actividad.

-¿Es que tan sólo existe una ciudad en estos parajes? -no pudo menos de preguntarse.

Comenzaban a verse misérrimas edificaciones levantadas a los dos lados de la carretera y presididas a lo lejos por las humaredas de un gigantesco establecimiento fabril o industrial. Dejaron atrás algunas parejas de soldados mecánicos, yendo y viniendo en su guardia sobre la calzada, y el coche se detuvo al fin frente a un largo barracón de estructura metálica y brillante superficie, ante cuya puerta se mantenían inmóviles los consabidos muñecos grotescos de dos centinelas armados.

A partir de entonces las cosas comenzaron a sucederse deprisa. Hombres semejantes a Doosi y los suyos le recibieron con gesto adusto e inescrutable. Le hicieron algunas preguntas antes de confrontar su nombre y sus características personales con los datos que uno de ellos tomara de una máquina archivadora, entregaron a Mihaly un rectángulo de metal con un signo extraño grabado en él y...

-Ahora esperarás -le ordenaron por último.

Fue pulsado uno de los innumerables botones de un cuadro indicador y minutos más tarde, como respuesta a la invisible llamada, entraba un terrestre alto y robusto, de tez tostada, brazos musculosos y altiva mirada que tuvo para Mihaly una pequeña ojeada indiferente.

-Puedes llevártelo.

-Me llamo Liebig y desde este momento soy tu jefe inmediato -anunció el recién llegado, dirigiéndose a Mihaly con una voz atronadora-. Has sido encuadrado en mi sección y debes comenzar enseguida el trabajo. ¿Cuál es tu nombre?

-Mihaly Barlai -repuso el muchacho, tratando de reaccionar con la misma rapidez con que se sucedían los acontecimientos-. Pero te equivocas si crees que...

-Mira esto -cortó Liebig mostrando sus poderosos puños ante la divertida mirada de los seres de Roni-. Con estos brazos soy capaz de deshacerte al menor conato de rebeldía. Se me ha concedido autoridad y tengo fuerza para hacerla cumplir. Acompáñame voluntariamente si no quieres comenzar a pasarlo mal desde el principio.

La última visión del muchacho fue la de los fusiles de los dos centinelas de la puerta que ahora estaban dirigidos contra su cuerpo en ademán que no dejaba lugar a dudas.

* * *

Olvidados sus fuertes propósitos, Mihaly Barlai se había resignado

forzosamente con su suerte. Había creído verse precipitado en el infierno y se había convertido en un esclavo más antes siquiera de que lograra defenderse o reaccionar, antes de que pensara en hacerse matar por cualquiera de los numerosos guardianes en los primeros momentos en que pisó el suelo de la gigantesca fundición.

No lo hizo entonces y después ni siquiera tuvo tiempo para pensar. Introducido en una inmensa nave, puesto al lado de centenares de terrestres y provisto de los útiles necesarios, comenzó a trabajar llenando de una tierra rojo-grisácea la fila de vagonetas que, a marcha lenta, circulaban por delante de todos ellos.

Aprendió desde aquellos instantes que no podía emplearse ninguna argucia para retardar el ritmo del trabajo y que no debía exponerse a la pena con que tal acto se castigaba. Se exigía y se controlaba la eficiencia de cada uno de los cargadores de un modo automático e infalible: las vagonetas, en su lento deslizamiento, recibían un mínimo de paletadas de mineral antes de llegar al extremo de la línea en donde una báscula eléctrica lanzaba un zumbido de alarma cuando su peso era inferior al prefijado... sin que se necesitara tampoco indagar acerca de quién fue el obrero rebelde, ya que la medida del tiempo empleado por la vagoneta hasta llegar a la estación de pesaje situaba inmediatamente al guardián frente al hombre culpable.

Aprendió también que se exigía una cantidad uniforme de trabajo y un rendimiento constantemente comprobado. Mihaly estaba seguro de que hasta el más mínimo movimiento de cada hombre estaba sometido a control desde algún punto desconocido de la nave de carga. Cualquier subterfugio, cualquier conato de rebeldía o desafío era advertido inmediatamente, señalando el culpable y...

-Aquí solo hay una clase de castigo -dijeron a Mihaly sus compañeros de línea-, y ese castigo es la muerte. No hagas ninguna locura, .muchacho; todos nosotros hemos pasado por la misma desesperación que tu sientes ahora, pero consideramos mejor estar vivos todavía.

Y aunque el razonamiento no le convenciera demasiado, Mihaly se había sometido a su suerte adversa maldiciendo el momento en que se le ocurrió tomar del suelo un periódico arrugado en el parque público de Kassel y sintiéndose reconfortado tan solo con el recuerdo de Lena, de aquella muchacha que a través de su breve conocimiento le causara una profunda impresión.

Diez días llevaba en aquella fundición, diez días según la cuenta terrestre, que se le hicieron desesperadamente largos, pese a la ayuda que recibía de sus compañeros de esclavitud. Se había granjeado algunos amigos, gentes sencillas e incapaces de comprender su «vejez» de tres mil años al observar su aspecto juvenil aunque macilento, gentes de mentes

atrasadas que no sabían de su existencia otra cosa que no pudiera relacionarse con la sumisión forzosa hacia los seres de Roni.

-¿Pero de dónde han venido esos seres? -preguntaba Mihaly en uno de los descansos que les concedían para consumir sus raciones alimenticias.

-Nadie lo sabe con certeza. Están en la Tierra muchos años y su poder es inigualable.

-No lo creo -rebatió Mihaly- desde el momento que necesitan despliegue de soldados para custodiar a millares de hombres sin armas, además de la presencia de los capataces.

-Tú has tenido mala suerte -le dijo uno de aquellos, un hombre joven llamado Rosen-. Tu capataz, Liebig, es una bestia salvaje.

-Hay otra cosa que me llama la atención -añadió presuroso Mihaly-. Sé que estoy en Alemania y así me lo confirman vuestros nombres, pero me gustaría concretar todavía más el lugar. ¿Dónde trabajamos y para qué?

-En tu placa de metal llevas el distintivo de la zona de trabajo, Mihaly -le contestó Rosen-. Prestamos servicio en una de las fundiciones de «Neo-300», pero la gente, aunque no sabe el por qué, continúa llamando a este sitio Essen, como en otros tiempos.

-¡Essen! -repitió Mihaly, rememorando el panorama conocido de la gran ciudad industrial del pasado-. Yo podría explicarte -añadió ensimismado- cómo era Essen en otros tiempos, Rosen.

-¿De verdad? -se extrañó el muchacho-. ¿Tú la has conocido?

-Sí, amigo mío. Todavía estaba muy destruida en 1948, pero ya se notaba en ella grandes signos de recuperación. Óyeme, Rosen -añadió-. Tú me pareces más despierto y ansioso que los demás y quiero hacerte partícipe de mis conocimientos del pasado a condición de que tú me orientes en el futuro. No te oculto que pese a mi aparente resignación estoy tratando de sacudirme esta esclavitud forzosa que no puedo aceptar, y necesito amigos y colaboradores que me ayuden en la tarea. ¿Quieres ser tú uno de ellos, Rosen?

-Ya otros han intentado lo que tú -repuso el otro moviendo dubitativo la cabeza- pero acabaron todos en aquella nave -terminó, señalando hacia la zona de hornos de la fundición.

-No me importa -rugió enfurecido Mihaly-. Lo daré por bien empleado si consigo llevarme por delante a Liebig.

Más de uno haría lo mismo con ése.

-Dime, Rosen; ¿Por qué es Liebig capataz siendo terrestre como nosotros?

-Los seres de Roni hacen de vez en cuando una selección entre los más fuertes. A todos nos gusta mandar, pero si a ello se añade un mejor trato y amistosas relaciones con los opresores, es posible olvidarse de la nacionalidad y convertirse en un ser tan odioso como todos ellos. Liebig y

los demás capataces son los hombres más odiados entre los trabajadores de la fundición.

-Sin embargo, -musitó Mihaly- he conocido a un hombre que no era capataz y que también parecía gozar de la amistad de los de Roni. Ese hombre se llama Kale y vive en una ciudad cuyo nombre desconozco.

-Será médico, necesario para alguna...

-Me dijo que sus compatriotas le consideraban médico, es cierto.

-Entonces es posible lo que dices. Los seres de Roni tienen establecida una completa separación entre ellos y nosotros. Los capataces en las fábricas y los hombres como Kale en las ciudades, les sirven de intermediarios cuando necesitan algo de la clase inferior

Mihaly sonrió fugazmente. Había recordado de nuevo a Lena y por asociación de ideas hizo una nueva pregunta:

-Dime, Rosen; ¿Has visto alguna vez una mujer de Roni?

-Nunca, pero algunos lo han conseguido y dicen que son hermosas, tanto como las mujeres terrestres y sus hijas... Bueno -añadió sonriendo- como algunas terrestres y sus hijas.

-Al menos has podido ver a tus compatriotas, amigo.

El otro pareció molesto y hasta sorprendido por aquellas palabras.

-¡Naturalmente! -exclamó-, Nacemos de ellas y...

-Y a partir de entonces os es marcada una pauta en vuestra vida -le interrumpió Mihaly-. Algunos, más afortunados, logran a su vez crear una nueva familia y engrosar las generaciones de los futuros esclavos y, por fin, al cabo del tiempo, abandonáis el mundo de una manera oscura y silenciosa, sin casi ni siquiera dejar vuestra huella en la vida ni tener la seguridad de que después de muertos, para bien o para mal, se mencionará vuestro nombre. No, Rosen; yo escapé de mi país natal precisamente por no poder soportar unas condiciones parecidas o iguales... ¡Y de la misma forma escaparé de aquí aunque deje la vida en mi empeño!

-¿Y a dónde irás, Mihaly? -le contestó burlón Rosen-. ¿Conoces acaso alguna parte de la Tierra que no esté invadida y bajo el dominio de los seres de Roni?

Meditó Mihaly ante la lógica de aquella pregunta, pero sonrió esperanzado al contemplar el rastro humoso que estaba dejando en el cielo una aeronave que en aquellos momentos lo cruzaba.

-Tal vez vaya al espacio... en una de esas aeronaves -repuso. Ya en mi tiempo se especulaba con la idea de conseguir llegar a otro planeta. ¿Por qué no he de intentarlo ahora que ya está conseguido?

Aquellos ratos de charla se interrumpían con el toque de sirena que les llamaba al trabajo. Volvían entonces a la nave de carga, repitiendo una y otra vez el monótono llenado de las vagonetas a lo largo de las horas y de los días. Poco a poco, Mihaly iba penetrando en el significado de las cosas,

relacionando ideas y perfilando conclusiones, hasta llegar a una hipótesis más o menos exacta de la actual situación del mundo.

Por causas que todavía le eran desconocidas y que Kale no pudo llegar a contarle, la Tierra retrocedió en su civilización para retornar casi a la época primitiva. De ello hacía muchos años, y desde 965 años atrás, dado que los seres de Roni contaban desde aquella fecha, seres venidos de otro planeta se aposentaron en su superficie, aprovechándose de que los terrestres no estaban en disposición de hacerles frente.

-Pero la Tierra sólo pudo quedar inerme a consecuencia de otra guerra -pensaba Mihaly-. Tal vez a consecuencia de la guerra que el profesor Speidel auguraba como inminente en 1948.

-Imposible -se respondía al momento-. La guerra capaz de transformar a la Tierra debió hacerse con armas terribles que entonces solo estaban en sus comienzos... Armas nucleares, bombas atómicas u otros ingenios bélicos de mayor potencia.

Llegaba entonces a una conclusión: que no le importaba en qué fecha debió perecer la Tierra y de qué medios se valieron los terrestres para conseguirlo, para aniquilar lo que costó siglos de crear. Y se encogía de hombros pensando que solamente en el futuro estaba la clave de la existencia... aun cuando ese futuro estuviese regido por los seres de Roni.

Había también otra cosa interesante, y al mismo tiempo incongruente, que le daba una ligera idea de lo que debió ocurrir con sus antepasados terrestres. Llegaba a esta conclusión siguiendo un razonamiento un tanto capcioso pero innegable y cierto: Los seres de Roni «eran esclavos de sus muñecos mecánicos». Sí; el ejército sin alma de aquellos poderosos seres era como una espada de Damocles suspendida sobre sus cabezas, un arma de dos filos que ahora les defendía pero que en un momento dado podía volverse contra ellos, *manejada por los mismos terrestres sometidos a su poder*.

Merece la pena tenerlo en cuenta -se dijo Mihaly al comprender el alcance de su razonamiento.

En la fundición se empleaban minerales radiactivos que, convertidos en bloques de pequeño tamaño, eran transportados a la ciudad. Al mes escaso de estar allí Mihaly sabía ya que aquellos bloques se destinaban al ejército en su inmensa mayoría, que todos los soldados eran muñecos semejantes a los que también conocía y que todos ellos necesitaban de ese mineral como fuerza motriz para su maquinaria. De ella extraían su vida artificial, energía para sus veloces ruedas, potencia para sus instrumentos ópticos y auditivos y vigor para sus cerebros mecánicos. De la actividad que desarrollaran aquellos soldados dependía naturalmente la duración del «acumulador radioactivo» y era de suponer que encargados en constantes misiones de vigilancia sería necesario reponerlos con frecuencia.

Pero esta vigilancia se mantenía sobre los terrestres desarmados que fabricaban «precisamente» el elemento vital del ejército de Roni, y Mihaly se anticipaba en sus ideas al suponer lo que podría ocurrir si un día ese ejército quedara inmovilizado por falta de combustible, si los seres de Roni fuesen incapaces de contener la avalancha de esclavos sublevados que se les venía encima, si con todo su poder y toda su grandeza se atreverían a intentar mantener a raya a los millones de hombres enfurecidos que clamaban por su libertad.

-Son víctimas de sus propias armas -se decía el muchacho-. Y es que todo aquel que se sabe poderoso o cree serlo, se olvida a menudo de cerrar la puerta falsa de su palacio dorado, y es precisamente por esa puerta por donde penetra el enemigo que le destruye.

Pero cuando, pala en mano, se situaba nuevamente ante la fila de vagonetas, volvía a la realidad renegando de su sino que tan solo le hacía soñar.

-Deben ser aún los reflejos del anestésico –murmuraba, tratando de echarlo a broma.

A aquellas alturas todos en la fundición conocían ya su historia, y en las horas de descanso era nutrido el grupo que le rodeaba, ansioso siempre por conocer detalles de un pasado más feliz que aquel presente. Mihaly se mostraba entonces incansable; relataba desde su actuación en la guerra -cuando aún no era más que un chiquillo con la carrera de ingeniero no terminada- hasta las descripciones que más absurdas e incongruentes le parecían, sabiendo que todo despertaba la admiración de su auditorio cuando no algunas sonrisas de soñadora incredulidad. Hasta el mismo Liebig, que renegaba por lo bajo ante aquellas aglomeraciones que no era capaz de impedir, se interesaba a veces por los relatos del muchacho -que inconscientemente le hacía el juego al doctor Doosi- y hasta se permitió una exclamación de asombro especialmente una vez en que Mihaly trataba de describir lo que más estaba ambicionando: un cigarrillo.

El alma del muchacho se angustiaba ante la visión de aquellos hombres que no eran sino chiquillos ilusionados y hambrientos de saber.

-Auténticos salvajes blancos que cambiarían hasta su vida por unas cuentas de vidrio colorinesco.

Y si aquello ocurría en la antigua Europa, ¿qué habría sido de los pobladores de las salvajes regiones del África, de las regiones selváticas del Amazonas o de las junglas tropicales asiáticas, por no citar más casos? ¿A qué grado de degradación habría llegado la vida de unos seres que ya en el siglo XX continuaban siendo considerados como «salvajes»?

Todas aquellas ideas, superiores a veces a la resistencia de su cerebro, le llenaban de espanto y le hacían desear en no pensar en nada, en lavar su memoria para siempre. Se defendía entonces mediante un rato de

conversación con Rosen... o se refugiaba en el remanso tranquilo del recuerdo de Lena, una mujer de la que Mihaly se confesaba enamorado y que contemplaba constantemente en imagen aunque realmente solo la hubiera visto una vez.

-Ella tal vez no pueda corresponderme -se decía- pero sin embargo me haría feliz con una sola palabra... Tal vez algún día lo consiga, tal vez cuando sea ya demasiado tarde.

Pero hubo algo que contribuyó también a que los pensamientos de Mihaly se encauzaran por otros derroteros. Cierto día, cumplidos ya los tres meses desde que el muchacho llegara a la fundición, el capataz Liebig le llamó al terminar la jornada de trabajo.

-Acude esta noche a mi casa -le dijo-. He de hablarte.

-No tengo ningún deseo de verte, Liebig -repuso altanero Mihaly-. Cumplo con mi obligación, lleno 53 vagonetas diarias y no me han rechazado ninguna por falta de peso. Después soy libre de elegir mis amigos y mis visitas, y tú no te cuentas entre los primeros.

-Eres altivo, Mihaly Barlai, pero yo haré que te doblegues. Nada tengo contra ti respecto al trabajo, es cierto...

-En ese caso déjame en paz... a no ser que busques pelea. ¿Es eso lo que intentas, Liebig?

-Tal vez -repuso el gigante.

-La cosa cambia entonces -concedió el muchacho, contemplando sus brazos que ya no eran los mismos que manejaron el zapapico en la colina-. Te daré una oportunidad.

El ejercicio diario y la alimentación recibida -justo era confesarlo- habían vuelto a hacer de Mihaly Barlai el hombre robusto, joven y decidido que solicitara cierto anuncio en un periódico arrugado. La piel, tostada y morena, se atirantaba sobre unos músculos poderosos y sobre un busto abombado y fuerte. En Mihaly había ahora casi ochenta kilos de peso que, bien controlados, podían reunirse en un solo puño para asestar un golpe decisivo.

Sonriendo alegre pronunció unas palabras sacramentales que no habían variado con el transcurso de los siglos:

-¿Cuándo y dónde?

Aquella noche previno a Rosen, momentos antes de acudir a la cita concertada.

-No quiero que intervengas -le dijo luego- pero te agradeceré que inspecciones los alrededores por si Liebig hubiese preparado alguna traición.

-Si recelas eso, no acudas, Mihaly.

-¿Sabes tú lo qué es honor, Rosen?

-Lo ignoro -repuso sincero el muchacho.

-Perdería un tiempo precioso explicándotelo, pero es algo que me obliga a acudir por encima incluso de todas las emboscadas.

Poco después Mihaly y Liebig se encontraban junto al cercado que rodeaba el cobertizo de las herramientas, bajo la luz plateada de la Luna que les miraba desde lo alto con su cara boba. No hubo palabras de salutación; Mihaly se despojó de la chaquetilla ajustada que vestía, dejando que sobre el tórax desnudo se balanceara la placa metálica que denunciaba su condición de esclavo. Frente a él estaba el capataz, gigantesco y potente, cerrando unos puños que parecían mazas.

-Te lo advierto, Liebig -dijo Mihaly-. Si me has tendido una trampa te mataré.

La respuesta del otro fue un golpe que el muchacho esquivó con un ágil salto de costado. Y de repente, Mihaly se vio otra vez con uniforme militar, encuadrado en una división húngara del ejército alemán y boxeando en el «ring» improvisado de un rincón de los bosques de Besarabia con sus camaradas como público; volvía a él la misma belicosidad de entonces y se daba cuenta de que Liebig no tenía la misma técnica. Los ataques del capataz eran embestidas de toro salvaje, pero faltas de cerebro y de dirección, esquivadas fácilmente con flexiones de cuerpo y rápidos saltos.

-¡Pelea de una vez! -chilló enfurecido el capataz ante la inutilidad de sus asaltos en tromba.

Cuando llegó el momento esperado, el puño derecho de Mihaly pareció dispararse solo, alcanzando a su adversario en el pómulo. Le dolieron los nudillos con el impacto, pero sonrió satisfecho contemplando la huella dejada en el rostro del capataz. Casi al mismo tiempo una especie de martillo se abatió sobre su hombro izquierdo, arrancándole antes un trozo de piel de la oreja. Replicó con un golpe al hígado, coronado con otro a la mandíbula de Liebig, y el gigante se tambaleó, retrocediendo unos pasos aunque sin llegar a caer.

-Eres duro, capataz -concedió Mihaly-, pero aún te falta aprender mucho en estas artes.

Se cruzaron duros golpes entre ambos; en una ocasión, Mihaly esquivó un terrible cabezazo y juntando las manos las dejó caer, cerradas, sobre la nuca inclinada del otro. Liebig se desplomó resoplando, pero tornó a alzarse con presteza para volver a la carga. Durante unos minutos quedaron abrazados en un cuerpo a cuerpo despiadado en el que Mihaly sintió chascar sus costillas y cortarse su respiración.

-«Haz como entonces... Haz como entonces... -comenzó a ordenarle su cerebro-, Liebig no debe vencerte...»

Ocurrió aquel «entonces» durante una carga de la caballería cosaca frente a Odessa. Mihaly abatió de un disparo al caballo que se le echaba encima, pero el jinete cayó sobre él esgrimiendo su sable antes de darle

tiempo a hacer uso de la bayoneta. Sintió el abrazo apretado del ruso y...

Ahora, con el canto de sus manos, percutió contra los riñones de Liebig, que gruñó separándose sorprendido, y entonces la rodilla de Mihaly inició un movimiento de abajo a arriba estrellándose con matemática precisión contra el bajo vientre del capataz, que cayó de espaldas aullando de dolor. El muchacho respiró con ansia, sintiendo disiparse las lucecillas que llenaban su cabeza; jadeante, escupiendo sangre entre sus labios partidos, contempló a su adversario que se iba levantando despacio, tambaleándose, hasta quedar de nuevo frente a él.

-¿Todavía no tienes bastante? -le preguntó agresivo Mihaly.

Liebig movió afirmativamente la cabeza y le tendió la mano abierta, que el muchacho rechazó instintivo temiendo una añagaza. Pero este temor se disipó escuchando las palabras entrecortadas del capataz:

-Seguía órdenes del doctor Doosi, Mihaly... pero ahora quiero ser tu amigo...

-¿Tú, mi amigo?

-Sí, Mihaly. Te he escuchado mientras describías una vida distinta a la de ahora... y he llegado a sentir vergüenza y asco de mí mismo... a desear un castigo... Por eso te desafié... porque eras el único que podría vencerme...

El tono era sincero, pero Mihaly Barlai no llegaba a comprender aquella inesperada reacción.

-Vales como hombre... -continuaba el capataz-, y sólo puedo decirte una cosa: traza un plan de fuga que yo estaré a tu lado cuando llegue el momento.

Mihaly se pasó el brazo del capataz alrededor del cuello y comenzó a caminar, conduciéndole hacia los alojamientos. Antes de llegar a ellos encontraron a Rosen, armado de una pala, que continuaba inspeccionando los alrededores, y Mihaly se echó a reír contemplando su actitud belicosa.

-Ya no hace falta, Rosen -le dijo-. Esta noche me he ganado un amigo... y una paliza. Y puedo asegurarte que no me duelen los golpes, muchacho.

CAPÍTULO VI
El infierno

Transcurrieron dos días durante los cuales hubo tres hombres con el pensamiento constantemente ocupado. Mihaly y Rosen, reunidos desde el fin de la jornada de trabajo, repasaban posibilidades, calculaban, trazaban planes que eran inmediatamente rechazados... Liebig, por su parte, aislado para no despertar recelos entre los guardianes, se informaba de ciertos extremos necesarios e importantes que habrían de facilitar la huida.

Dos días durante los cuales aquellos tres hombres vivieron la ilusión de sentirse libres, saboreando de antemano su triunfo, gozando con su victoria... sin saber que lar mano del destino estaba en contra suya y que los acontecimientos iban a experimentar un notable cambio.

Requerido por uno de los ronianos, Mihaly fue conducido al edificio que albergaba la sala de control general de la fundición y en una de sus estancias, acompañado como siempre por altos oficiales, deslumbrante dentro de su magnífico uniforme, se dio de manos a boca con la odiada figura del doctor Doosi, único roniano con quien, desde el principio, tuviera ocasión de relacionarse. Doosi hizo salir a sus acompañantes con una orden seca y...

-Volvemos a encontrarnos, belicoso terrestre -saludó irónico, arrellanándose cómodo en uno de los sillones de lar sala.

-No supone para mí motivo de satisfacción su visita -repuso Mihaly, con ánimo de hacerle sentir el desprecio que sentía.

Pero el doctor, no se dio por aludido, antes bien le contempló de hito en hito con expresión satisfecha.

-Se han cumplido mis órdenes -agregó despacio-. Buena alimentación, buen trato...

-Vagonetas, capataces, esclavitud... -completó rápido Mihaly-. No puedo quejarme, ¿verdad?

-Continúas siendo el mismo, Mihaly Barlai; me propuse realizar contigo un experimento que ha dado sorprendentes resultados. ¿Te das cuenta de que todos tus relatos no han hecho mella en el ánimo de tus oyentes? ¿Has llegado a comprender cuán poco importa a todos el pasado de la Tierra? Yo te he dejado actuar, Mihaly...

A punto estuvo el muchacho de sacarle de su error, de echarle en cara los propósitos de tres hombres decididos... Pero se contuvo, prudente, dejando que fuera el propio Doosi quien le diera una explicación.

-He jugado contigo y con tus compatriotas, Mihaly, hasta llegar a convencerme de que el recuerdo del pasado ha muerto.

-Y yo me he convencido también de que el orgullo de los seres de Roni está tan henchido que incluso llega a cegarles -repuso el muchacho con su

tono más insultante.

-El experimento ha terminado... y también ha terminado el trato de favor. Veo que tienes músculos bien desarrollados, y que serás un valioso auxiliar para la nave de hornos. Ya he dado las correspondientes órdenes para que te trasladen de sección; habrás de agradecerme también el que te haya librado de un capataz como Liebig.

Mihaly sintió que se le cortaba la respiración; quedó aterrado pensando que Doosi estaba al tanto de sus planes secretos, llegó a pensar incluso en traición por parte de cualquiera de sus dos compañeros, pero inmediatamente se convenció de la verdad. Doosi no sabía nada y su presencia en la fundición se debía a una circunstancia fortuita, precisamente en el momento en que más unidos necesitaban estar los tres presuntos fugitivos.

-Algún día le mataré, doctor Doosi -dijo despacio-. Le mataré sin sentir por ello ningún remordimiento.

Los labios del roniano se contrajeron en una mueca que quería ser una sonrisa.

-Ya ves que estamos solos, Mihaly -dijo burlón-. Yo aquí sentado y tú de pie, erguido frente a mí, con ventaja: incluso para agredirme. ¿Por qué no lo intentas ahora?

-Porque no quiero darle la satisfacción de verme vencido y humillado ante usted. Presume de valor cuando a buen seguro hay una pantalla televisora reflejando nuestras imágenes en la sala de control o incluso un arma apuntada sobre mí. No, doctor; he prometido matarle, pero no morir al mismo tiempo.

-Y yo también he prometido acabar contigo -farfulló Doosi acusando la rabia que le poseía-. Podría castigarte por lo que has dicho, tenderte a mis pies hasta que te humilles... Pero la nave de hornos bastará para ello y yo tendré la satisfacción de volver a visitarte dentro de poco tiempo para contemplar lo que queda de ti.

Pulsó un zumbador sobre una mesilla próxima y la puerta se abrió para dar paso a los dos oficiales que acompañaban al doctor. Aún pudo captar Mihaly el movimiento de uno de ellos que enfundaba su pistola, y sonrió interiormente juzgando la cólera de Doosi que había visto fracasados sus intentos, cualesquiera que fuesen.

-Acompáñenlo a su trabajo -dijo en idioma roniano-. Servicio en la tanda nocturna de la nave de hornos.

La orden de Doosi se cumplió inmediatamente y Mihaly, pese a saber terminada su jornada en la sala de carga de vagonetas, regresó a la fuerza hacia las filas de esclavos que integraban su nuevo turno. Divisó a Rosen a lo lejos; el muchacho estaba inquieto por la intempestiva conducción de Mihaly a la sala de control y vigilaba su regreso, aunque ahora tuviese un

gesto de amarga sorpresa en su rostro al adivinar cual era el nuevo destino de su antiguo compañero.

Mihaly se alegró de aquel encuentro a distancia.

-Al menos podrá informar a Liebig de lo que ha ocurrido -pensó.

Ante el clasificador automático de la entrada entregó su placa de metal y, metido en la fila, cruzó las puertas de la nave de hornos recibiendo el soplo ardiente, espeso y pesado que en ella reinaba. Era aquella una vasta estancia, presidida al fondo por los ojos sangrientos y rojos de las veinte bocas de horno que eran alimentadas incesantemente de mineral y combustible y atendidas por cuadrillas de hombres sudorosos y semidesnudos que se movían pesadamente como flotando entre las peligrosas emanaciones e invisibles descargas del mineral radiactivo que en ellos se fundía. En sentido longitudinal y a una altura de cinco o seis metros, corrían los carriles de las grúas, mantenidos en alto por una doble fila de columnas. Sobre ellos se deslizaban los rodamientos de los cuatro elevadores de puente, con sus casetas metálicas balanceándose en lo alto y el rechinar agudo de sus motores resonando de un modo incesante.

Más arriba, surcando una especie de cornisa metálica, había otra doble fila de raíles por donde avanzaban las vagonetas que, procedentes de las naves de carga, cruzaban primero un ancho patio, aceleraban luego su lenta marcha y entraban en la sección de hornos siguiendo un ritmo alternativo y combinándose de forma que el peso de un tren lleno retirara de los de alimentación de cada horno la fila de vagonetas que acababa de descargar en ellos su contenido.

La luz en la nave era un juego continuo de vivos y sombras, fuego de los hornos, cascadas de chispas, salpicaduras ardientes y humos de escapes y su atmósfera un conjunto enrarecido en donde se mezclaba el polvo procedente de las tolvas de mineral con las invisibles emanaciones deletéreas. Todo ello, incrementado con el ardiente calor, con el gemido estridente de las grúas, el rebullir de los hornos y los golpes secos de las vagonetas descargadas, producían una auténtica sensación de infierno dantesco, cuando en donde los hombres -insignificantes figuras entre las gigantescas proporciones del material- esperaran tan sólo el momento de ser arrojados a las ardientes calderas.

El trabajo se hacía duro desde el primer momento. Pese al automatismo de algunas secciones que laboraban mecánicamente, se hacía siempre necesaria la mano del hombre para realizar toda clase de tareas. Preparar moldes, mover las grúas, trasladar crisoles sangrar hornos, retirar escorias, vigilar el punto de fusión, someterse al fuego y a las radiaciones... todo aquello lo cumplía obligatoriamente cada tanda de esclavos que veían inmediatamente repuestas las bajas que cualquier imprudencia o accidente producían en sus filas.

Mihaly recordaba los establecimientos industriales semejantes que en otra época se alzaban sobre la superficie de la Tierra, considerando que también era duro el trabajo en ellos, pero que el obrero recibía una remuneración por el riesgo a que se exponía, que contaba con adecuados medios de protección contra el peligro y que era competentemente atendido y cuidado en su desgracia. Pero aquí se notaba la infernal crueldad de los ronianos en cada aspecto de la tarea: Unos simples petos de una materia semejante al amianto era la única defensa que se les proporcionaba, cuando en realidad aquel trabajo debía hacerse tras gruesas murallas de cemento y plomo, de aislantes apropiados contra las descargas radiactivas.

Era necesaria también una periódica inspección sanitaria del estado físico de los obreros-esclavos en evitación del terrible mal que les atacaba de improviso y de cuyos resultados fuera testigo Mihaly durante la segunda noche de trabajo en su nuevo destino.

La progresiva desaparición de los glóbulos rojos en la sangre, producida por la radiactividad, se manifestó de nuevo en la nave de hornos originando un cuadro horripilante. Aquella noche fue un hombre llamado Link quien sintió el terrible ataque cuando, a horcajadas sobre uno de los carriles elevados, reparaba el motor averiado de una grúa de puente. Si llegó a lanzar algún grito su voz se perdió entre el estrépito de la nave antes de que nadie llegara a escucharla, pero la pesada pieza del motor se vino abajo yendo a caer sobre la gente que preparaba los moldes, matando a uno y conmocionando a otros dos.

Todos alzaron la cabeza interrumpiendo su trabajo y provocando un gesto agresivo en los dos o tres soldados mecánicos que les custodiaban de cerca. Mihaly presenció cómo Link se incorporaba tambaleante sobre el carril y avanzaba despacio pretendiendo alcanzar la plataforma de mando de la grúa, perdidas las fuerzas y el sentido de la orientación, buscando instintivo un asidero y sin darse cuenta del abismo ardiente que se abría un poco más allá de sus mismos pies.

Hubo un alarido de espanto en todas las gargantas. Un enorme crisol lanzaba a lo alto sus resplandores ígneos cuando Mihaly comenzaba a trepar por la escalerilla vertical que le conduciría a la misma plataforma que Link pretendía alcanzar. Pero su intento de salvación resultó estéril; el hombre, inmóvil durante unos segundos sobre la estrecha plancha del carril, se derrumbó de súbito lanzando un grito infrahumano... y comenzó a caer sobre las ardientes fauces del crisol, muerto tal vez desde el primer momento, chamuscados cabellos, cejas y pestañas por el calor, ciego antes de tocar la candente superficie, abrasado antes de hundirse en la candente superficie...

Unas salpicaduras ardientes, una fugaz llamarada y el nauseabundo olor de la carne quemada señalaron el final de un hombre llamado Link mientras

resonaba el grito pavoroso de Mihaly Barlai que había visto desarrollarse la tragedia a pocos pasos de distancia.

Fue necesario que subieran a por él. Abrazado, a una columna, engarfiados los dedos a la baranda de la plataforma, sollozaba de terror mientras profería palabras entrecortadas sin poder apartar la vista de la enorme caldera que acababa de tragarse un ser humano. En sus ojos había una expresión demente cuando le depositaron en tierra. Capataces y soldados dispersaban a los grupos haciendo regresar a la gente a su trabajo, y el muchacho se irguió de un salto abalanzándose sobre el muñeco inanimado que empleaba la culata de su fusil como instrumento de convicción. Llegó a tocar su estructura metálica, a percibir el tibio contacto de aquel acero que parecía vivo... Pero la mole mecánica resistió el embate sin conmoverse y con un movimiento de sus brazos descargó un golpe que derribó sin conocimiento al imprudente que quiso rebelarse contra el poder de los seres de Roni.

* * *

Mihaly Barlai no volvió a ser el mismo a partir de entonces. Si antes anidaba en su pecho el ansia de libertad ahora se le unía el odio más profundo hacia los opresores. Si entonces deseaba ardientemente escapar de aquel infierno, esta vez se añadía el deber de eliminar al menos a uno de sus despiadados opresores.

-¡He de hacerlo! -gemía desesperadamente-. ¡He de hacerlo!

Encaminó cada uno de sus actos hacia la fuga; captó hasta el más mínimo detalle para utilizarlo en su provecho y, como resumen, se enfrentó con el irremediable resultado de todos sus planes: Si conseguía escapar ¿a dónde irían, dónde podían ocultarse para que no llegara hasta ellos el largo brazo de los ronianos?

-Muchas veces me he hecho esta pregunta -monologaba Mihaly- y tan solo le encuentro una respuesta: Nuestro escondrijo tiene que ser por fuerza el espacio, después de abandonar la Tierra en una aeronave roniana.

No pensaba que su proyecto era irrealizable desde el principio. Sólo le mantenía la convicción de que contaba con dos amigos dispuestos a seguirle en su fuga y a morir si era necesario, y experimentó una alegría inmensa cuando consiguió entregar a Rosen un mensaje que ya llevaba preparado, aprovechando un descuido de su capataz durante un cambio de turnos.

-«Destruye esta nota después de aprendida -escribió a Rosen-. En cualquier momento de la noche, a partir de mi segundo mensaje, Liebig y tú habréis de estar preparados para escapar. Trato de encontrar el medio de salir de la fundición sin causar alarma y creo que podré conseguirlo. Interesa que averigües cuanto antes a que se dedica Lena, la hija de Kale,

en la ciudad roniana. Ellos son quienes más pueden ayudarnos desde fuera y hasta es posible que consientan en acompañarnos».

Su idea nacía de un acto que se producía periódicamente. Una vez que los panes de metal fundido salían de la nave de hornos pasaban a otra sección en donde eran mecanizados, divididos en porciones de un tamaño y un peso calculado de antemano y éstas envasadas en grandes cajas de material aislante. Después eran cargadas en grandes vehículos de transporte que las conducían a los almacenes del ejército mecánico de la ciudad roniana... y Mihaly trataba de introducirse en ese almacén aunque fuera a costa de su vida.

No en vano era ingeniero y sabía lo que era la electricidad, pero antes necesitaba enviar a Rosen el segundo mensaje prometido, dándole instrucciones concretas acerca de su actuación en la huida.

Necesitó casi ocho días antes de que la oportunidad se presentara, pero Rosen recibió el mensaje a despecho de todas las vigilancias. Siempre había ocurrido igual, en todos los tiempos; en su misma patria, sometida y cautiva, llegaban a conocerse los más mínimos detalles del exterior, aventurándose -eso sí - al riesgo que tal cosa suponía.

-«En la noche anterior al primer envío de mineral para el ejército deberá ser anulado el control de alarma de la fundición. Sé que Liebig, como capataz, es el único que puede hacerlo. Si sale bien en su cometido, los dos vendréis a reuniros conmigo en el almacén de carga. A partir de entonces podremos considerarnos perdidos si nos descubren, porque huiremos en el mismo convoy que regrese a la ciudad.

Avisadme del paradero de la hija de Kale... y trágate este mensaje si es preciso, Rosen.»

Era peligroso y arriesgado citar nombres y precisar detalles, pero Mihaly no paró mientes en eso ni se preocupó de otra cosa más que en perfeccionar la primera parte de su plan, fijándose bien en todos los movimientos de guardianes y vagonetas, una vez que estas últimas recibían la carga de bloques procedentes de los moldes en la sala de hornos.

Lo tenía bien estudiado y no podía fallar. Cables eléctricos, contactos, la doble vía de rieles, los trenes de vagonetas, todo eran otras tantas llamadas a la fuga utilizando los sencillos medios de que podía disponer... Aguardó impaciente la primera fecha, dato que se conocía habitualmente entre los obreros por la acumulación de bloques en el extremo de la sala de hornos, y al llegar la ocasión propicia, sabiendo de antemano que sus amigos tratarían por todos los medios de cumplir las órdenes recibidas, dejó transcurrir las horas hasta que llegó el momento del cambio de turno, de su turno de noche.

Inició el trabajo y se entretuvo más de la cuenta simulando una reparación en los cables eléctricos de una grúa. Insensiblemente se fue

alejando en dirección a las pilas de bloques dispuestos para ser cargados en las vagonetas, se unió a la cuadrilla que recibió la orden de comenzar aquel trabajo... y pasando al lado opuesto de los rieles se tendió en el suelo, respirando afanosamente y sintiendo deslizarse por su frente unas gotas de sudor

Aquel era su momento. El tren de vagonetas estaba dispuesto para salir de la nave en dirección al almacén de carga, recorriendo caminos que Mihaly desconocía pero que casi podía adivinar. No lo pensó dos veces; sin hacer ruido se arrastró de lado hasta meterse bajo el chasis de una de las vagonetas centrales del tren y ensayó la postura que debía adoptar durante la marcha, apoyados los talones en el eje trasero, afianzadas las manos en el delantero y tenso el cuerpo para pegarlo a la caja metálica de la vagoneta en un intento de pasar desapercibido.

El arranque le pilló por sorpresa, haciéndole recibir un fuerte golpe en la espalda, pero se recobró al instante dejándose llevar por el tren que abandonaba la sala de hornos. Tenía muchas horas por delante y hasta que se efectuara el relevo del turno nadie notaría su falta en su sección habitual... Luego podría aprovecharse de la ocasión que se le presentaba...

Sintió sobre el rostro la transición brusca de la temperatura, ardorosa antes y demasiado fresca ahora. Estaban deslizándose por una especie de túnel ascendente, a marcha lenta, en dirección -pensaba Mihaly- a las bandas sin fin de las correas transportadoras que él había contemplado muchas veces desde el patio exterior de la fundición. Le dolían los músculos en su posición forzada, pero sacó fuerzas de flaqueza para resistir hasta el final, sonriendo alegre al percibir el estruendo de las unidades delanteras del tren que, girando sobre una plataforma basculante, volcaban su carga sobre las chirriantes correas sin fin. Cuando llegó el turno a la suya se agarró fuerte para no salir despedido, vio pasar sobre su cabeza los pesados bloques de mineral... y se dejó caer a continuación antes de que le aplastara la avalancha de la siguiente vagoneta.

Confundido entre los bloques viajó por la correa sin fin que, pausadamente, se deslizaba a cielo abierto, bajo la luz de las estrellas y la luna. Volvieron a introducirse por otro túnel, y debido a la poca luz Mihaly estuvo a punto de ser atrapado por las paletas del elevador que tomaba, de uno en uno, los bloques transportados por la correa, haciéndolos desaparecer a través de un agujero redondo desde donde llegaba el rumor de maquinaria en movimiento.

-Ahí deben encerrar los bloques en sus cajas aislantes -dedujo Mihaly-. Ahora debo encontrar la otra entrada al almacén de carga.

Fuertemente sujeto a un lado del elevador dejó que sus ojos se acostumbraran a la penumbra... hasta descubrir una serie de soportes, a modo de escala, por los que ascendió igualmente hasta la abertura. Asomó

con precauciones la cabeza; estaba en una vasta sala, profusamente iluminada, llena de máquinas automáticas que, bajo la vigilancia de dos ronianos provistos de trajes protectores, iban dotando a cada bloque radioactivo de su envoltura aislante antes de reexpedirlos hacia otra correa sin fin.

Con calma glacial, jugó al escondite con los ronianos aprovechando todos los objetos que le proporcionaban protección. Rápidamente supo deslizarse hasta el principio de la correa transportadora, espiar desde allí los movimientos de sus odiados enemigos... y aprovecharse de su falta de atención para tenderse a la larga sobre la cinta, oculto por una de aquellas cajas protectoras.

Ni un solo momento había pensado en el peligro que suponía haber permanecido junto a aquellas masas radioactivas. Mihaly desconocía la naturaleza de aquel mineral y sólo en sus tiempos del siglo XX oyó hablar del uranio, del estroncio y del cobalto como agentes radiactivos de gran potencia. Cualquiera de ellos, o tal vez otros más potentes y nuevos, podían haber estado junto a él durante el trayecto... pero lo importante era saber casi conseguido su propósito y sentirse dispuesto a continuarlo.

Esta vez el recorrido fue más corto. Atravesaron una abertura en la pared, cruzaron un puentecillo al aire libre y fueron a desembocar en el almacén de carga, destino final de los bloques envasados. Bajo la luz potente de unos focos Mihaly saltó al suelo después de cerciorarse de que en el almacén no había más ser viviente que él. Grandes máquinas llenaban una parte del almacén, recibiendo los bloques y apilándolos ordenadamente después de contados. Aproximadamente por su parte media, la nave bajaba bruscamente su nivel formando un muelle de carga y extendiéndose luego hasta llegar a una serie de puertas metálicas herméticamente cerradas... a cuyos lados ¡había apretadas filas de vehículos de transporte!

-Lo has conseguido, muchacho -se animó a sí mismo sonriendo alegre.

Recorrió el almacén hasta encontrar una puertecilla de servicio, única entrada además de las grandes puertas metálicas.

-Lógicamente han de utilizar ésta para las inspecciones -se dijo- y sólo puede abrirse desde fuera. Por lo tanto, Rosen y Liebig también penetrarán por aquí.

Calculó la distancia y se puso a trabajar. De su chaqueta sacó dos rollos de cable eléctrico aislado y se dirigió hacia el cuadro distribuidor de fuerza motriz.

-De todos los adelantos existentes el único que no ha transformado su naturaleza es la electricidad -murmuró-. Positivo y negativo; eso es todo cuanto necesito.

Estudió con atención las características del cuadro, cerró el conmutador general, empalmó los extremos pelados de los cables a los polos opuestos y

con ellos en la mano se dirigió nuevamente hacia la puertecilla. Uno de los terminales lo conectó al marco de la puerta y el otro lo arrolló a una columna metálica de forma que entre las dos puntas quedara una separación de casi metro y medio.

Oculto junto al cuadro distribuidor, apoyada la mano en el interruptor de la corriente, dijo en voz baja:

-Pobre del roniano que cruce esa puertecilla.

CAPÍTULO VII
La intentona

Tras el ángulo del cobertizo en donde se cobijaban, Rosen repitió por última vez las instrucciones recibidas de Mihaly.

-Recuerda que el control debe ser anulado por encima de todo, Liebig; de lo contrario podemos dar por perdidos todos los esfuerzos.

-No te preocupes, muchacho -sonrió alentador el gigante-. Sabré encontrar el fallo imprevisto de que hablaba Mihaly.

Rosen le vio encaminarse con ademán decidido hacia la larga nave metálica que albergaba el puesto de control general de toda la fundición. Liebig avanzaba tranquilo hacia una zona prohibida para los esclavos terrestres y que estaba custodiada por una línea de centinelas mecánicos que disparaban inexorables contra todo ser viviente que rebasara un límite de proximidad previamente señalado. Pero Liebig no dejaba traslucir ningún temor, y con ademán natural y tranquilo cruzó entre la línea de centinelas armados... que tampoco hicieron ningún movimiento que denotase intención de aniquilarle con el fuego de sus armas. La previsión de Mihaly Barlai al advertir que «sólo el capataz podría conseguirlo» se había realizado; aquellos muñecos «conocían» a Liebig, de la misma forma que a todos los demás capataces de la función, «sabían» quiénes eran los únicos terrestres que tenían libre acceso a aquella zona vedada para todos los demás, y reaccionaban ahora de acuerdo con las instrucciones que -de una vez para siempre- fueron grabadas en sus cerebros electrónicos.

Ningún otro de los presuntos fugitivos hubiera podido acercarse al control, pero Liebig desapareció en el interior del pabellón, fuera del alcance visual de Rosen que, pese a las convicciones de seguridad que sentían, sudaba por todos los poros esperando de un momento a otro el alarido de la sirena que daría la señal de alarma.

Pero todo continuaba tranquilo y en silencio mientras el capataz avanzaba por el pasillo, repasando una vez más los detalles del plan a realizar; empujó la puerta de la sala de guardia en donde a aquella avanzada hora de la noche sólo había una persona ante los aparatos de control... y se dejó ver del roniano uniformado bajo la cruda luz de una lámpara solar.

-¿Qué quieres? -le preguntó aquél sin sorprenderse-. ¿Por qué no estás durmiendo como los demás?

-He descubierto algo -repuso Liebig, acercándose más- y he venido a prevenir a la guardia.

-El control no ha señalado nada -repuso el roniano, aludiendo al gran cuadro distribuidor que se alzaba a sus espaldas-. ¿Por qué afirmas lo contrario?

Liebig tenía que actuar deprisa antes de que el otro entrara en

sospechas. No debía consentir que allí entrara más gente.

-Han intentado matarme y sé quién ha sido -dijo con tono seguro-. La otra vez atribuí a un accidente la caída que me originó varias contusiones -añadió, aludiendo a las huellas de su pasada lucha con Mihaly- pero ahora le sorprendí, y he dado la alarma.

-Imposible, capataz Liebig.

-El control no ha funcionado esta vez -aseguró Liebig, sonriendo al observar el cambio de expresión que sus palabras producían en el roniano-. Esa luz debía estar encendida -agregó, señalando hacia el detector de la nave de carga de la fundición- porque allí he sido atacado hace unos minutos por un terrestre, que intentó defenderse con una pala al verse descubierto. Sin embargo, ¿por qué no ha respondido el control a mi señal de alarma?

Había logrado interesarle, y aquello era lo que se proponía el capataz. El roniano se volvió a mirar... y entonces se abatió sobre su nuca el poderoso puño de Liebig, lanzándole de bruces contra la tabla de control antes de que pudiera lanzar un solo grito o empuñar la pistola atómica que llevaba al cinto. Tomándolo por los hombros, el capataz lo alzó como fláccido pelele antes de completar con un nuevo golpe el efecto demoledor del primero, y el roniano, muerto o inconsciente, se desplomó sobre el suelo con un rumor sordo.

-Tenías razón, Mihaly -murmuró Liebig en voz baja-. Podía hacerse.

Actuó con rapidez, quitándole al roniano sus guantes aislantes para, con ellos puestos, arrancar varios cables del cuadro de control... cables que empleó después para amarrar concienzudamente a su primera víctima. Le arrancó un pedazo del uniforme para amordazarle, y mientras lo hacía sintió crecer dentro de sí mismo una extraña alegría, una sensación de fortaleza y de triunfo al convencerse de que también los opresores de la Tierra podían ser vencidos. En unos momentos se había desvanecido el mito de poder y superioridad mantenido durante tantos años por los ronianos, y Liebig había dado sin saberlo el primer paso hacia la libertad de todos los terrestres.

Con la misma tranquilidad de antes abandonó ahora la estancia, llevándose empero la pistola atómica del roniano, y quince minutos más tarde se reunía con Rosen en la esquina del cobertizo.

-Ya está hecho, amigo -dijo Liebig mostrando la pistola obtenida-. Como habrás podido comprobar, la señal de alarma no funciona... ni funcionará hasta que con el nuevo día llegue el relevo de la sala de control. Para entonces habremos de estar bastante lejos si queremos vivir para ver el resultado de nuestros planes.

-Entonces no nos queda sino obedecer las órdenes de Mihaly -repuso Rosen, excitado y un tanto temeroso-. Debe estar esperándonos ya en el

almacén de carga.

Cruzaron la explanada desierta y se acercaron con cierto recelo hacia las macizas construcciones de la fundición, rodeándolas por su lado norte para acercarse a su punto de destino. Les daba seguridad el hecho de que todo continuase tranquilo y silencioso -excepción hecha de los naturales ruidos habituales de la fundición- pero tornaron a experimentar un fuerte sobresalto cuando, a la vista ya del almacén de carga, percibieron un deslumbrador fogonazo seguido inmediatamente por el chasquido seco de una descarga.

-¡Estamos perdidos! -gimió Rosen-. ¡Han disparado contra Mihaly Barlai!

* * *

A Mihaly no le quedaba sino seguir el curso de los acontecimientos... y el tiempo se le hacía eterno.

-No puede fallar... ¡No debe fallar! -rugió tajante-, Liebig ha de inutilizar el control general si no queremos morir dentro de unos instantes.

Desde su escondite, tensos los nervios, dejó pasar los segundos y los minutos... y sintió que se le erizaban los pelos de la nuca al contemplar cómo la puertecilla metálica se iba abriendo poco a poco, enmarcando en su hueco la movible figura de un soldado mecánico. Mihaly esperaba a un roniano y no a un muñeco-centinela, pero no dudó un instante y con mano firme abrió el interruptor dando paso a la corriente sin pensar siquiera en las consecuencias, sin saber si el mineral radioactivo allí almacenado tomaría parte en la hecatombe que se avecinaba.

La trampa instalada funcionó a la perfección. Tan pronto como la rígida figura del soldado cruzó el vano de la puerta, su estructura metálica hizo de conductor entre los dos polos opuestos de una corriente de elevadísimo voltaje... y el resultado fue una descarga, un trallazo seco y una chispa de vivísimo resplandor que envolvió como fugaz aureola todo el cuerpo artificial del muñeco, haciéndole desplomarse como fulminado como el rayo y proporcionando a Mihaly la primera confirmación de que sus planes iban por buen camino, desde el momento en que a continuación de la descarga eléctrica no se escuchó el aullido de la sirena dando la alarma.

-¡El control no funciona!

Y conteniendo casi su impulsiva exclamación gozosa, Mihaly se apresuró a cortar la corriente, a arrancar los cables y a correr hacia la caída figura. Del soldado mecánico quedaba tan sólo un amasijo retorcido, humeante y negro; sus mecanismos internos se consumían activamente, retorciéndose como intestinos, chascando rabiosos, vencidos, muertos...

Tras el caído la puertecilla había quedado abierta, franco el paso y libre el acceso a los dos compañeros de fuga que no podían tardar.

Mihaly Barlai había ganado la primera batalla entablada por los terrestres contra el ejército artificial de los seres de Roni y ello le hacía gozar del triunfo del ingenio humano sobre el artificio mecánico de las máquinas.

* * *

Esgrimiendo la pistola atómica, Liebig avanzó decidido hacia el almacén, dispuesto a morir matando después de vengar la muerte de Mihaly. Rosen le seguía a corta distancia... y ambos vinieron casi a tropezar con el montón informe de chatarra y la viva figura del ingeniero. Los tres se fundieron en apretado abrazo hasta que el capataz, más práctico, finalizó las naturales efusiones de alegría para hacerles volver a la realidad.

-Eso fue hasta hace poco un soldado de Roni -anunció Mihaly-. Como veréis, tampoco son invencibles.

-Todo irá bien, amigo -dijo Liebig- máxime si tenemos en cuenta que Kale está dispuesto a ayudarnos. Su hija, Lena, está al servicio de la hija del gobernador militar de la Comandancia.

-¿Has visto a Lena? -preguntó el ingeniero.

-No, pero sí a su padre. Olvidas que mi condición de capataz me da cierta libertad... de modo que fui a la ciudad, me entrevisté con el viejo y le puse al corriente de nuestros planes. Está dispuesto a secundarlos y nos espera con su hija en la misma Comandancia. El encontrarlos es cosa nuestra.

-Pues manos a la obra -terminó Mihaly con voz alegre-. Si todo se hace como otras veces dentro de poco se iniciará la carga de mineral y para entonces necesitamos haber cerrado la puertecilla y quitado de en medio este montón de chatarra.

El metal estaba todavía caliente y les socarró las manos cuando comenzaron a acarrear los distintos fragmentos a que había quedado reducido el soldado, escondiéndolos bajo el basamento de una de las máquinas. Borraron luego los rastros del fogonazo, retiraron los cables eléctricos y se dirigieron hacia los vehículos aparcados frente al muelle de carga.

-Tan sólo fallará nuestro plan si el coche escogido tiene avería o no participa en el transporte -dijo Rosen- pero eso sólo está en manos de la suerte.

En el interior de los vehículos había sobrado sitio donde ocultarse. Aquellos coches eran en todo semejantes al que Mihaly tuvo ocasión de ocupar con motivo de sus viajes a la Comandancia, con la sola diferencia de ser más grandes, de construcción más robusta y de mayor potencia en su aparato motriz. Sus instrumentos de conducción eran sencillos y fácilmente comprensibles dado que debían ser manejados por muñecos que, pese a su

perfección, no tenían las mismas reacciones que el ser humano.

Los mandos principales eran dos palancas que, conservadas paralelas, debían marcar una dirección recta al vehículo y que, inclinadas a derecha o izquierda, le obligarían a girar en la misma dirección.

-Así es al menos como yo lo imagino -explicó Mihaly mientras los revisaba-. En 1944 tuve ocasión de examinar los tanques del ejército alemán y se conducían de una forma parecida a esta.

El más ingenioso de sus mecanismos motrices estribaba en una pieza curva, a modo de guardabarros invertido, que basculaba sobre el piso de la cabina mediante un eje transversal que le permitía inclinarse hacia adelante y hacia atrás.

-Supongo que aquí encaja su rueda el soldado conductor -continuó Mihaly- y deduzco que apoyado en sus soportes laterales mueve esta pieza en un sentido y en otro. Tal vez sea aceleración y freno.

Se introdujeron en el estrecho espacio cubierto que había tras el panel de separación entre cabina y caja de carga, permaneciendo silenciosos e inmóviles. Mihaly pensaba en las palabras del capataz... «Lena en la Comandancia»... y su pensamiento volaba hacia la imagen de aquella muchacha de quien se sentía enamorado pese a haberla visto tan sólo una vez.

-Tal vez consiga una ocasión propicia para hablarle, para expresarle los sentimientos que ha despertado en mí... -pensaba.

Mihaly Barlai volvía a soñar aun en los momentos más angustiosos de su existencia, pero esta vez le volvió a la realidad el chirrido metálico de las grandes puertas al abrirse, el característico zumbar de las ruedas motrices de los soldados y el murmullo de la maquinaria eléctrica al ponerse en movimiento.

-¡Silencio absoluto! -ordenó-. ¡Se ha iniciado la carga!

Se abrió la trampilla trasera del vehículo y una de las laterales de la cabina, y penetraron al mismo tiempo las primeras cajas de mineral y el conductor mecánico encargado de transportarlas a la ciudad. Sobre el muelle, la guía terminal de las correas transportadoras empujó hacia adelante una fila de veinte grandes cajas colocándolas junto a una de las paredes laterales del coche. La siguiente remesa entró por el costado de la anterior... y otra, y otra más, hasta cubrir completamente el piso. Luego la guía se alzó un poco, lo suficiente para depositar nuevas filas sobre las ya estibadas, y de la misma forma continuó hasta completar la carga del vehículo, que se puso en movimiento apartándose del muelle para hacer sitio a los demás.

Salieron a campo abierto, bajo la oscuridad de la noche. Los nervios de los fugitivos estaban sometidos a una tensión desesperada y enervante. Mihaly estaba tenso, como presto a saltar; Rosen no podía disimular su

miedo y Liebig apretaba con fuerza la culata de la pistola atómica, única arma de que disponían los tres.

Unos momentos más de detención y, organizado el convoy, todos los coches se pusieron en movimiento. Durante aquellos últimos segundos cruciales Mihaly esperó de nuevo que sonara la alarma delatando la fuga, y reprimió un suspiro de alivio al constatar que no ocurría tal cosa. La primera parte de su plan estaba realizada satisfactoriamente; durante el viaje nada les ocurriría, porque no habiendo control no habría tampoco alarma, y no habiendo alarma era inútil esperar soldados que disparasen contra los coches o un aviso para detenerles Llegarían a la ciudad antes de que se efectuase el relevo del personal roniano... y en la propia ciudad estaba el segundo obstáculo a salvar. Sus dificultades tornarían a comenzar en el momento en que se descargasen las cajas.

Sin poder hablar, ni moverse, ni casi respirar para no llamar la atención de los sensibles oídos del conductor, de quien les separaba tan sólo un delgado panel metálico, los tres fugitivos elevaron interiormente una fervorosa plegaria en demanda de ayuda. Luego percibieron el rápido deslizamiento sobre la cinta de la carretera, el agudo zumbido del motor al acelerarse la velocidad... y el paso interminable del tiempo mientras el convoy se dirigía hacia la ciudad roniana

* * *

Las robustas manos de Liebig ayudaron a Mihaly y a Rosen a coronar con éxito la cornisa que se extendía por encima de la red de tuberías. A cuatro metros por debajo de ellos quedaba el piso del almacén en donde fueran descargadas las cajas y abandonados los coches de transporte... y a decir verdad fue oportunísima su salida del vehículo y su celeridad en ocultarse, porque momentos después penetraba en el almacén una cuadrilla de ronianos, provistos también de trajes protectores y de variados instrumentos mediante los cuales examinaron todos los vehículos.

-Seguramente comprueban la radioactividad de los coches antes de devolverlos a la fundición -musitó Mihaly contemplándolos desde lo alto.

-Tal vez -aceptó Rosen-, pero, ¿cuánta radioactividad llevaremos nosotros dentro del cuerpo a estas alturas?

-Puede que mucha o acaso ninguna, muchacho -le tranquilizó a su manera Liebig-. Lo importante es saber que estamos vivos y fuera de la fundición.

Dejaron que aquella cuadrilla terminara su trabajo y entonces comenzaron ellos la inspección del almacén. Tan sólo Liebig tenía una idea aproximada de la construcción de la Comandancia y de su estructura interna, pero necesitaban hallar una salida que les condujera a los pisos superiores en donde estarían las habitaciones del gobernador y de su hija.

-Aquí hay algo -dijo el gigante.

Al final de la repisa, en un ángulo de la pared, se abría el agujero circular de una especie de ventilador o chimenea. No faltaban tampoco asideros que facilitaran la ascensión, y tan sólo el voluminoso cuerpo del capataz parecía ser impedimento para introducirse por aquella salida.

-Vamos arriba -ordenó Mihaly-. Dame la pistola y yo iré delante. Necesitamos apoderarnos del gobernador militar de la Comandancia.

Durante su ascensión por el estrecho tubo fueron adivinando las distintas dependencias que atravesaban. Vibración de máquinas en la planta de servicios; zumbido de dinamos en la central eléctrica, martilleos, chirridos, golpes secos... Jadeando, respirando afanosos, los terrestres fueron a desembocar, como salidos de un escotillón de teatro, en una pequeña estancia circular sobre cuya pared había cinco puertas fácilmente practicables. Disponían de abundante luz y la exploración practicada a favor de ella les decidió por un pasillo solitario que se abría detrás de una de las puertas.

Por aquí -bisbiseó Mihaly- y mucho cuidado con las sorpresas.

Pronto tuvieron a su alcance una ventana acristalada. Mirando hacia abajo contemplaron la profundidad de las calles brillantemente iluminadas. Mirando hacia arriba distinguieron el cielo, clareado ya por los primeros resplandores de la aurora.

-Hemos de darnos prisa. Está amaneciendo y en la fundición puede sonar la alarma de un momento a otro.

La pistola está presta en las manos de Mihaly. Todos se pegan contra la pared al escuchar rumor de pasos que se acercan. No pueden retroceder sin hacer más ruido del conveniente y...

Un grito se escapa de la garganta de Mihaly, que, perdido el dominio sobre sí mismo, ha estado a punto de disparar contra la esquina del pasillo.

-¡¡Lena!!...

CAPÍTULO VIII
El final

La muchacha les ordenó silencio con un gesto.

Rápidamente estuvieron junto a ella, emocionados y alegres.

-Tienes mala suerte, Mihaly Barlai -murmuró Lena-. El doctor Doosi acaba de salir hacia la fundición... para buscarte.

-Mala suerte es, en efecto -concedió alegre el muchacho-, porque tal circunstancia me priva de la oportunidad de matarle como le prometí en otra ocasión... Pero nuestra mala suerte ha terminado al encontrarte, Lena, y tu presencia me presta la firme convicción de que conseguiremos nuestro propósito final. ¿Dónde está tu padre?

-Seguidme y os conduciré hasta él -repuso la muchacha-. No temáis; esta parte de la Comandancia está libre de centinelas.

La acogida del viejo Kale fue a un tiempo cordial y severa. Mihaly le abrazó, alegre al verle de nuevo, y el viejo apoyó sus manos en los hombros del muchacho diciéndole:

-Por fuerza debes estar loco, Mihaly Barlai, y nos has contagiado tu locura hasta el punto de estar dispuestos a secundar tus planes.

-Hasta ahora hemos salido bien frente a todas las dificultades -repuso el muchacho, sonriendo alegre.

-El oficial que estaba de guardia ante el control se derrumbó como un saco bajo el efecto de mis golpes -dijo Liebig.

-Y Mihaly destruyó a un soldado con una poderosa descarga eléctrica -completó gozoso Rosen.

-Comprendí desde el primer momento que tu presencia sobre la nueva Tierra marcaría un hito en el futuro -arguyó Kale-. Yo soy viejo y no le temo a la muerte... ¡pero mi hija Lena tiene derecho a seguir viviendo!

Mihaly se volvió hacia la muchacha, que aumentaba su hermosura con la alegría y la zozobra reflejadas en su rostro y en sus ojos llenos de lágrimas.

-¿Tienes miedo, Lena? -le preguntó.

-Contigo no, Mihaly -repuso serenamente la muchacha.

Y había en su voz tan firme convicción que Mihaly se sintió transportado al paraíso. Tomó sus manos entre las suyas diciéndole:

-Sólo aguardo una ocasión, cuando todo esto termine, para hablarte de algo muy importante... muy importante.

-¿Cuál es tu plan? -le interrumpió Kale-. Considera que Doosi puede volver en cualquier momento y...

-¿Qué representa Doosi en la Comandancia? -preguntó a su vez Mihaly.

-Su profesión es la de médico, pero su ambición no conoce límites. Aspira a unirse a la hija del gobernador, porque sabe que con ello tendrá

asegurado el mando militar que desea. Tal vez con el correr del tiempo Doosi sea el jefe supremo de los ronianos en la Tierra y lance a sus ejércitos hacia nuevas conquistas. Actualmente tiene tanta o más influencia ya que el propio gobernador.

-Pero el gobernador tiene una hija -sonrió Mihaly- y es precisamente Lena la persona que está a su servicio. Por medio de la hija llegaremos hasta el padre... que es el único que nos puede proporcionar lo que necesitamos para huir: un aparato sideral para adentrarnos en el espacio.

Otra vez se volvió hacia la muchacha:

-Te lo ruego, Lena -dijo-. Condúcenos hasta la hija del gobernador y te garantizo nuestra salida de la Tierra. Nada malo les sucederá, ni a ella ni a su padre; te lo garantizo con mi palabra de honor.

Y lanzando una alegre carcajada añadió dirigiéndose a Rosen:

-Me dijiste una vez que nunca habías visto una mujer roniana. Tú y yo vamos a ver ahora qué cara tiene la primera que encontramos.

* * *

La estancia era amplia y hermosamente decorada. Grandes cortinas de sutil transparencia se desprendían del techo creando la ilusión de barreras a través de las cuales podían distinguirse veladamente los muebles, objetos diversos y el amplio lecho que la presidía.

Con paso quedo se fueron aproximando los terrestres mientras Lena y su padre permanecían junto a la puerta, y a la luz sonrosada del amanecer que comenzaba a entrar por los grandes ventanales contemplaron el hermoso rostro de una mujer, bella, pese al tinte azulado de su piel, de áureos cabellos, tersa frente y curvadas cejas, mostrándoles su garganta y sus torneados brazos entre la gasa tenue de su atavío nocturno.

Pero nadie tenía tiempo para contemplaciones y fue Liebig quien se encargó de sacar de su sueño a la joven mujer, sacudiéndola levemente por los hombros y haciéndola abrir los ojos sobresaltada. La mano fuerte del capataz cubrió su boca acallando el grito de terror y alarma que iba a lanzar, y tan sólo las pupilas luminosas de la muchacha fueron desde uno a otro semblante de cada terrestre, sin dar crédito a lo que estaba contemplando.

-No temas -le dijo Liebig en idioma roniano-. Nadie va a hacerte el menor daño, pero no tienes más remedio que ayudarnos. Si me prometes no chillar te soltaré.

-La hija del gobernador no tiene miedo de unos esclavos -repuso despectiva la muchacha.

-Así me gusta, muchacha -rió el capataz. Y cambiando el idioma añadió-: Ya lo ves, Mihaly; está dispuesta a ayudarnos.

Hubo un gesto de sorpresa en las facciones de la joven roniana, como si

el recién pronunciado nombre de «Mihaly» le fuese familiar, pero no dijo nada que lo confirmase.

-Será mejor que Lena se encargue de ella, Liebig -repuso el ingeniero-. Confieso que yo no sirvo para estas cosas, y que con mi brusquedad lo echaría todo a perder.

-Sin embargo, tienes en tus manos un razonamiento muy convincente -dijo Rosen aludiendo a la pistola atómica que Mihaly empuñaba.

-Escúchame, Lena -dijo el ingeniero acercándose hacia la puerta-. Has de hacerle comprender que necesitamos a su padre. Para ello, nada mejor que le escriba una carta pidiéndole que venga.

-Sí -añadió Liebig-, que le diga que tiene un arma apuntada a su cuerpo y que lo pasará mal si las cosas no salen como nosotros deseamos.

-Y que debe venir cuanto antes, sin entretenerse ni hablar con nadie -completó Rosen.

-Se lo diré -repuso Lena-, pero te recuerdo tu promesa, Mihaly: nada debe ocurrirles, ni a ella ni a su padre.

-Ya verás como así ocurre, Lena... Nada les ocurrirá, salvo que tendrán que acompañarnos momentáneamente en nuestra fuga, porque ellos dos serán el mejor escudo de que podremos disponer jamás.

Lena avanzó hacia el lecho, haciéndoles señas de que se retiraran. Desde el fondo de la habitación escucharon unas palabras pronunciadas por la hija del gobernador, a las que Lena contestó confusamente, como temerosa de que pudieran escucharla.

-¿Qué es lo que han dicho -preguntó inquieto Mihaly.

Liebig le miraba, sonriendo entre socarrón y gozoso, pero movió la cabeza en un ademán negativo.

-No se refieren a nuestra fuga, sino a ti, Mihaly -repuso-. Ya te las traduciré en otra ocasión.

* * *

El gobernador de la Comandancia resultó ser aquel personaje rechoncho y grotesco que cierta vez escuchara el primer relato de Mihaly Barlai. Contempló a los terrestres con la cólera reflejada en el rostro, y demostraba por su atuendo que se había precipitado en abandonar el lecho para venir al encuentro de su hija y de sus momentáneos secuestradores.

-Tan sólo sois unos esclavos rebeldes -escupió en roniano- que no conseguiréis salir con vida de la Comandancia.

-Dile que estamos seguros de lo contrario -repuso Mihaly cuando le tradujeron aquellas palabras-. Y dile también que busque la forma más rápida de proporcionarnos lo que necesitamos.

-Dile también que no hará falta que salgamos de la Comandancia -apuntó Lena con tono decidido-. Él tiene la aeronave que necesitamos para

escapar... y la tiene en este mismo edificio, en la plataforma superior.

-¿A qué esperamos entonces? -aulló Rosen.

-Calma, muchacho -dijo Kale-. Para llegar a la plataforma superior necesitamos andar con cuidado. La vigilancia es muy severa en esos sitios.

Aguardaron tan sólo a que la joven roniana sustituyera su liviano traje por otro más apropiado para abandonar su dormitorio. Otra vez se aprovecharon los cables eléctricos guardados por Mihaly para sujetar las manos de sus rehenes y salieron decididos al pasillo para encaminarse hacia los pisos superiores.

-Vuestras vidas responden de las nuestras -dijo Liebig, tomando la pistola de manos de Mihaly para apretarla contra la espalda del gobernador roniano.

Atravesaron un amplio vestíbulo en donde encontraron a los primeros centinelas. Una nueva presión del arma obligó al asustado gobernador a pronunciar una breve orden, y el grupo entero de fugitivos cruzó ante los soldados mecánicos, que permanecieron impasibles, como si ni siquiera les hubiesen visto.

Esto marcha bien -apuntó Rosen alegre.

-Pero hemos perdido mucho tiempo -repuso Kale.

Avanzaron hacia las puertas de un ascensor, las cerraron tras ellos e iniciaron la ascensión con celé-rica velocidad. Una serie de lucecillas, encendiéndose y apagándose sobre el tablero de mandos de la cabina metálica, les iba indicando las sucesivas etapas de su viaje... pero cuando sólo faltaban cuatro para llegar a su destino, el ascensor se detuvo tan bruscamente que casi derribó a sus ocupantes, que no esperaban aquello.

Comprendieron lo que ocurría cuando hasta ellos llegó una voz, hablando en idioma roniano:

-¡Rendíos, esclavos rebeldes, porque de todas formas impediremos vuestros propósitos.

-Ese es Doosi -dijo Mihaly serenamente-. Reconozco su voz.

Y con ademán decidido abrió las puertas del ascensor. La jaula se había detenido entre dos pisos, de tal forma que el nivel superior les llegaba por la cintura. Afortunadamente quedaban a cubierto de un ataque desde el piso inferior, pero ello no evitaba que tuviesen que enfrentarse con el grupo de soldados y del nutrido grupo de oficiales ronianos capitaneados por el doctor Doosi.

-Escúchame, Doosi -dijo Mihaly-. Estamos dispuestos a escapar y vamos a conseguirlo, porque lográndolo es de la única forma que conservarán la vida tu jefe supremo y su hija. Tenemos armas, estamos decididos a emplearlas y no nos asusta tu presencia.

-¡Tú eres tan sólo un cobarde que te escudas en espaldas ajenas, Mihaly Barlai! -aulló Doosi fuera de sí, no atreviéndose a disparar contra el grupo.

-No hago sino asimilar la política roniana, Doosi, pero así y todo no puedo olvidar mi condición de terrestre... y voy a jugármelo todo en una lucha personal contra ti. No me obligues a llamarte cobarde delante de la hija del gobernador, Doosi -terminó burlón, mientras sus compañeros le escuchaban atónitos.

-Acepto, Mihaly Barlai -repuso el doctor, centelleándole los ojos de cólera-. Acabas de pronunciar tu sentencia de muerte.

A una orden de Mihaly todos sus compañeros, cautivos incluidos, abandonaron la cabina del ascensor y se agruparon a un lado del vestíbulo. El muchacho añadió seguidamente:

Di a tus hombres que se retiren, Doosi; envía el ascensor hacia arriba, y de esa forma podré verlos en el piso inferior.

Fue obedecido rápidamente, y entonces Mihaly colocó a Liebig ante la escalera, armado con la pistola y con orden de tirar a matar contra todo el que intentara subir. Con unas breves palabras tranquilizó a sus compañeros, tomó entre las suyas las manos de Lena, murmuró algo en voz baja... y se volvió para recibir la primera acometida de Doosi, que, también desarmado, se abalanzaba contra él.

El roniano era un contendiente muy distinto de Liebig y obligaba a Mihaly a emplearse a fondo. Giraban uno en torno de otro, buscando el momento y la ocasión propicia, y tenían tras ellos la boca abierta del ascensor y su amenazador abismo, como árbitro inexorable de su pelea. Mihaly amagó con su izquierda, y hubo de retroceder para esquivar una presa de Doosi. Los dos antagonistas ponían en juego su inteligencia, su destreza... y su ansia de matar. Era aquella una lucha a muerte en la que sólo habría un vencedor.

Doosi fue el primero en acometer; supo enlazar al terrestre con una hábil presa que terminó en un aparatoso volteo, y cuando Mihaly se incorporaba aturdido recibió en la nuca el terrible impacto de un auténtico mazazo. Se apoyó en la pared, tratando de despejarse; Doosi quería cegarle, lanzarle a una pelea irreflexiva...

No lo conseguirás -murmuró, animando con una sonrisa a sus compañeros, que habían ligado su suerte al resultado del combate.

El roniano, confiado, venía de nuevo sobre él... y fue a encontrarse con la rodilla levantada de Mihaly, que se la incrustó en el estómago. Se dobló por el talle, con un ruidoso jadeo, pero el muchacho no le dio tiempo a reaccionar, sino que agarrándolo por los hombros lo puso en pie comenzando a golpearle el rostro con furia demoníaca. Llegó incluso a pensar que había vencido, pero se vio rechazado por un fuerte empellón que casi le estrelló contra la pared.

-Tú lo has querido, roniano -exclamó.

Y ladeándose para esquivar las manos potentes de Doosi descargó el

canto de su mano derecha contra el cuello, aprovechó el inicio del giro que describió el cuerpo del roniano para descargar otro golpe sobre la carótida... y se inclinó rápido para recoger ágilmente aquel cuerpo que iniciaba su desplome.

Sus compañeros, forzosos espectadores, lanzaron un grito de entusiasmo cuando Mihaly distendió los brazos del doctor, preparándose para devolverle el volteo. Tensó sus músculos fuertes... y Doosi describió un arco en el aire para caer después, rodando sobre sí mismo, en dirección al abismo del ascensor.

Llevado por un instintivo movimiento, Mihaly quiso acudir en su ayuda, pero llegó tarde. Las manos de Doosi se engarfiaron desesperadamente sobre el borde de la abertura... le venció el peso de su cuerpo, que se balanceaba en el vacío, y Mihaly le vio resbalar y precipitarse en el pozo, llenándolo con su alarido agónico. Doosi no fue durante unos segundos más que un pelele de brillante uniforme, volteando en el vacío para estrellarse después contra el fondo.

* * *

Un disparo de la pistola atómica de Liebig bastó para levantar entre ellos y los ronianos del piso inferior un obstáculo infranqueable al destruir la escalera. Ellos, por su parte, se dirigieron rápidamente a la plataforma superior... y allí encontraron la aeronave sidérea, dispuesta en su cuna de lanzamiento, dotada de su tripulación de soldados mecánicos, lista para deslizarse sobre el gracioso arco de la rampa que, apoyándose en los edificios cercanos -más bajos que la Comandancia- tornaba a elevarse después apuntando al espacio.

Estaba allí y les aguardaba, estilizada y fina, de elegantes líneas y plateado brillo, potente, grácil, veloz...

Hubo una exclamación unánime entre los terrestres fugitivos, que empujaron al gobernador y a su hija hacia la trampilla de acceso a la aeronave.

-Ordena que nos abran -jadeó Liebig, apuntándole.

El rechoncho gobernador obedeció al punto. Desde el momento en que vio desvanecerse la última esperanza de que Doosi ganara la batalla consideraba a los terrestres como algo muy superior a lo que siempre había imaginado... y volvió a asentir cuando, ya instalados en el vehículo sideral, Mihaly tornó a advertirle:

-Cuidado con las traiciones, roniano. Vamos a iniciar la fuga y no deseamos que nadie nos la impida. Si cualquier aeronave trata de impedir nuestro vuelo, si alguna escuadrilla roniana intenta interceptarnos...

Y acabó su frase con un gesto significativo por demás.

A una orden del gobernador el soldado-piloto pulsó el botón de puesta

en marcha y conectó la pantalla televisora de la cabina. Acomodados en sus asientos, sujetos con sólidos cinturones y clavados los ojos en la pantalla, los terrestres asistieron al nacimiento de la lengua ígnea que asomó por la popa de la aeronave, sintieron el primer estremecimiento de sus planchas, contemplaron el juego de luces del tablero de mando... y se deslizaron raudos por la pendiente curva de la rampa de lanzamiento mientras en sus cuerpos hacía presa la aceleración de la velocidad...

Perdida la noción del tiempo se recobraron paulatinamente, incorporándose en sus asientos mullidos. Para entonces la Tierra era una gigantesca pelota reflejándose en la pantalla de televisión y jugando al escondite con las capas blanquecinas de las nubes.

Exclamaciones de júbilo, lágrimas de emoción y apretados abrazos, gritos estentóreos de victoria y sensación de amargura al contemplar el hermoso planeta condenado a soportar el dominio de unos crueles conquistadores, todo pareció desvanecerse cuando Mihaly se percató de que el gobernador roniano continuaba tendido en su asiento sin dar señales de vida:.

-¿Qué le has hecho, Liebig? -preguntó amenazador-. Sabes que di mi palabra de respetarle...

-No temas, Mihaly -contestó el capataz-. Yo sentí que me desmayaba, y temiendo una traición le golpeé en la cabeza con la culata de mi pistola... pero los sesos ronianos deben ser demasiado blandos para recuperarse tan pronto.

-Pues procura que se recobre cuanto antes porque tienes que darle una orden: Fíjate en eso -añadió, señalándole el disco de la Luna, que aparecía por el costado de babor de la aeronave-. Necesito que se cambie el rumbo de forma que naveguemos en ángulo recto con respecto a nuestra actual posición. De esta forma nos alejaremos de las rutas conocidas del espacio para adentrarnos en el infinito, en donde hemos de hallar nuestro nuevo mundo.

Luego se acercó hacia Lena, que, junto a su padre, contemplaban la Tierra asomados a la pantalla de televisión.

-Mírala bien, Lena -le dijo-. No olvides nunca su hermosa imagen y confía en que alguna vez volveremos a la Tierra como auténticos conquistadores, como libertadores de los que todavía permanecen en ella. Empeño mi palabra de honor en que he de conseguirlo.

-¿Lo crees posible? -preguntó ella alzando la cabeza, temblorosa la voz y húmedos los ojos.

-Lo creo, porque...

Prendido en aquella mirada Mihaly Barlai olvidó sus palabras, la presencia de sus compañeros, del propio Kale, que estaba junto a él... Tomó a Lena por los hombros y se inclinó sobre ella, acercándose hasta unir sus

labios con los de la muchacha en un beso apasionado.

-¡Lo creo posible! -exclamó después mientras las mejillas de Lena se empurpuraban con el rubor.

Y Mihaly Barlai sonreía gozoso saboreando la caricia que ella le había devuelto..., porque las señales externas de cariño tampoco habían variado en la Tierra con el paso de los siglos.

Detrás de ellos. Rosen atendía al aturdido gobernador mientras Liebig se acercaba diciendo:

-Tus órdenes están cumplidas, Mihaly. ¡Navegamos con rumbo al futuro!

FIN

COLECCION

LUCHADORES DEL ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

1.—Los hombres de Venus, *George H. White.*
2.—El planeta misterioso, *George H. White.*
3.—La ciudad congelada, *George H. White.*
4.—Cerebros electrónicos, *George H. White.*
5.—Pánico en la Tierra, *Alf. Regaldie.*
6.—La Horda amarilla, *George H. White.*
7.—Policía sideral, *George H. White.*
8.—La I. P. n.º 1, en peligro, *Alf. Regaldie.*
9.—Rumbo a lo desconocido, *George H. White.*
10.—Los Hombres Araña de Júpiter, *Alf. Regaldie*
11.—La abominable bestia gris, *George H. White.*
12.—La Conquista de un Imperio, *George H. White.*
13.—El Reino de las Tinieblas, *George H. White.*
14.—Dos mundos frente a frente, *George H. White.*
15.—Salida hacia la Tierra, *George H. White.*
16.—Venimos a destruir el mundo, *George H. White.*
17.—Guerra de Autómatas, *George H. White.*
18.—Piratas del Espacio, *Alf. Regaldie.*
19.—Errantes en el infinito, *Alf. Regaldie.*
20.—El Misterio de los Hombres de Piedra, *Alf. Regaldie.*
21.—Trágico destino, *Alf. Regaldie.*
22.—Si los mundos chocan, *Alf. Regaldie.*
23.—Redención no contesta, *George H. White.*
24.—Mando siniestro, *George H. White.*
25.—División equis, *George H. White.*
26.—Robinsones cósmicos, *George H. White.*
27.—Muerte en la estratosfera, *George H. White*
28.—Destructores de mundos, *Alf. Regaldie.*
29.—D-3, Base de monstruos, *Alf. Regaldie.*
30.—El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie.*
31.—Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie.*
32.—¡Ha muerto la Tierra!, *Joe Bennett.*
33.—Invasión nahumita, *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos, *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H. White.*
36.—La guerra verde, *George H. White.*
37.—Amenaza latente, *Larry Winters.*

38.—Los hombree de Noidim, *Larry Winters.*
39.—La nueva patria, *Larry Winters.*
40.—El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan.*
41.—El reino de las sombras, *Walter Carrigan.*
42.—Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*
43.—El *Kipsedón* sucumbe. *Walter Carrigan.*
44.—Motín en Valera, *George H. White.*
45.—El enigma de los hombres planta, *George H White.*
46.—El azote de la humanidad, *George H. White.*
47.—La ruta de Marte, *Larry Winters.*
48.—Expedición al Eter, *Larry Winters.*
49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Winters.*
50.—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters.*
51.—Amor y muerte en el Sol, *Mike Gradson.*
52.—Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett.*
53.—Tierra de enigmas, *Joe Bennett.*
54.—Asteroide maldito, *Joe Bennett.*
55.—Operación cefeida, *Profesor Hasley.*
56.—El Atom S-2, *George H. White.*
57.—El coloso en rebeldía, *George H. White.*
58.—La bestia capitula, *George H. White.*
59.—El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley.*
60.—Extraño Visitante, *George H White.*
61.—Más allá del Sol, *George H. White.*
62.—Los hombres de Alfa, *Profesor Hasley.*
63.—Entropía, *Profesor Hasley.*
64.—Marte, el enigmático, *George H. White.*
65.—¡Atención... Platillos volantes!, *G. H. White.*
66.—Raza diabólica, *George H. White.*
67.—Un astro en el camino, *C. Aubrey Rice.*
68.—Intruso sideral, *Profesor Hasley.*
69.—Llegó de lejos, *George H White*
70—Cuando el monstruo ríe, *Alf. Regaldie.*
71.—Heredo un mundo. *George H. White.*
72.—Desterrados en Venus, *George H. White.*
73.—La legión del Espacio, *George H. White.*
74.—Bolas Blancas de Yereblu, *C. Aubrey Rice.*
75.—La Ciudad Submarina, *Red Arthur.*
76.—Pánico en los espacios Siderales, *Karel Sterling.*
77.—El mundo sumergido, *Profesor Hasley.*
78.—Base Sakchent núm. 1, *Profesor Hasley.*
79.—Sosias infernales, *Karel Sterling.*
80.—Gan-X, *C. Aubrey Rice.*
81.—«Ellos» están aquí, *George H. White.*
82.—El enigma de C. O. E., *Profesor Hasley.*
83.—La gran amenaza, *Profesor Hasley.*
84.—Los mares vivientes de Venus, *Karel Sterling.*
85.—¡Piedad para la Tierra!, *George H. White.*
86.—Despertar en la tierra, *Larry Winters.*

86

Convertidos en náufragos del espacio vieron deslizarse la vida por su lado. Nuevos seres nacieron a bordo de la aeronave maldita para enfrentarse con la muerte, y fueron necesarios veinte años para encontrar

EL MUNDO PERDIDO

Agotado el combustible, escasos de oxígeno y alimentos, abandonados a su propia suerte, tan solo

EL MUNDO PERDIDO

tendía ante ellos su tabla de salvación. De nuevo Larry Winters nos ofrece otra de sus producciones, relatando magistralmente los fantásticos hechos acaecidos en

EL MUNDO PERDIDO

He aquí el título esperado, la obra de

LARRY WINTERS

que presentará en su próximo número la

Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **6** *pesetas.*

Notas

[←1]

Esta noticia nos permite situar la iniciación de la aventura de Mihaly Barlai en el 3 de abril de 1948.

[←2]

Por aquellas fechas del bloqueo de Berlín aseguró el presidente Truman que el mundo jamás se había visto tan cerca de otra guerra.

[←3]

El autor, en su intento de dar tan sólo una somera idea del viaje a través del espacio, pasa por alto voluntariamente las enormes distancias interestelares, haciendo aparecer como cercanos a planetas y estrellas que se encuentran a millones de años-luz de distancia.